Del enemigo el primer consejo

Tirso de Molina

Este texto electrónico fue preparado por Vern Williamsen en 2002. Se basa en el texto de *PARTE TERCERA DE LAS COMEDIAS DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA* (Tortosa: Francisco Martorell, 1634) que ha sido cotejado con la edición de don Juan Eugenio Hartzenbusch (COMEDIAS DE TIRSO DE MOLINA, BAE 5, 1858).

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

- ALFONSO, conde
- FEDERICO
- ARNESTO
- ASCANIO
- LUCRECIA
- SERAFINA
- PORTILLO

JORNADA PRIMERA

Salen ALFONSO y ASCANIO, envainando las espadas

ALFONSO: Vuelve a ocultar el acero
mientras que pasa esa gente;
que en lugar menos patente
concluír, Ascanio, quiero
dificultades de amor,
que en tu competencia estriban.
ASCANIO: De ordinario los que privan
hacen deidad el favor
que sus príncipes les dan;
y en señal de su altivez
pasan la raya tal vez
de la modestia. Ya están
en su lugar las espadas,
y la mía, te prometo
que--en fe del nuevo respeto

que a privanzas bien logradas,
en quien usa cuerdo de ellas,
debe el vasallo de ley,
porque el gusto de su rey
mira retratado en ellas--
no salga, aunque la provoques
sgunda vez a ofenderte.
Témplate, conde, y advierte
que no porque el cielo toques
del favor que el César te hace
es bien que desalumbrado,
con laa alas de privado,
si el sol Ícaros deshace,
te atrevas a quien te iguala
si no en dicha, en calidad.
ALFONSO: No niego yo la igualdad
que por noble te señala
ni al verme favorecido,
atribuyas intereses
de venganzas, que corteses
en mi privanza, han tenido
hasta este punto encerrado
en el alma mi rigor;
que a valerme del favor
con que el César me ha premiado,
con él te descompusiera
de Milán te desterrara,
los estados te quitara,
y su enojo te prendiera
sin necesitar agora
desafíos permitidos
generalmente a ofendidos;
pues tu discreción no ignora
que el privar suele poner
freno a quien se le atrevió,
no con las armas cual yo,
sino con las del poder.
ASCANIO: Juntas, don Alfonso, en una
esas dos cosas opuestas;
agravios me maniflestas
con dichas de la Fortuna
que con el César alcanzas,
y hacen tu esfuerzo mayor

arrojos de tu valor,
soberbias de tus privanzas.
Y como uno y otro abarca
la ciega pasión que tienes,
no miras que a reñir vienes
con espada más de marca.
Pero supuesto que yo
ya me dispuse a envainarla,
sin que intente desnudarla
contra ti porque te dio
Autoridad quien te nombra
esfera de su secreto,
y que en ti al César respeto
--que en efeto eres su sombra--
declárame la ocasión
del enojo que te obliga
a que conmigo desdiga
tu hasta aquí cuerda opinión.
Satisfaré tu recelo,
quardando tu autoridad
con lenguas de la amistad,
mejor que con las del duelo.
ALFONSO: Si quién eres ignorara,
Ascanio, ocasión tenía
de juzgar a cobardía
la lealtad que en ti es tan clara;
Mas no por ese respeto
te procures evadir;
que hemos los dos de reñir
en sitio mas solo y quieto,
hasta que uno quede muerto
mientras el otro procura
la quietud que no asegura
viviendo tú o yo; esto es cierto.
Y así para que no ignores
quejas que en la voluntad
engendran mi enemistad
por gustos competidores,
oye la justa razón
con que me agravio, y advierte
que menos que con tu muerte
no admito satisfacción.

La condesa del Casal,
si Seraflna en el nombre,
también en naturaleza
a tanto combate inmóvil,
Gonzaga en nombre, y mi prima
en deudo, aunque desconforme
en la aplicación del alma
que me olvida y que te escoge,
quedó sin padres tan niña
que apenas dio al tiempo en flores
esperanzas su hermosura,
si para mí sinrazones,
cuando en la ilustre tutela
de mi madre, viuda entonces,
ensayando ingratitudes,
dio el primer fllo a rigores.
Criámonos los dos juntos,
puesto que en la edad conformes,
tan opuestos en las almas,
en gustos e inclinaciones
que cuanto yo apetecía
le daba en rostro; desorden
bella por varia que influyen
celestes constelaciones.
Yo adorándola penaba
los instantes que en la noche
de sn ausencia padecía
amorosas privaciones;
y ella, en viéndose presente,
llorando sembraba en flores
desdenes que ya gigantes
son de mi imposible montes.
Jamás en juegos pueriles
pudieron años menores
reconciliar amistades
ni recíprocas acciones,
hasta que aborrecimientos
contraponiéndose a amores,
pronosticaron desdicbas
que ya mis males conocen.
Crecló mi amor con desvíos,
si hasta allí niño, ya jóven,
y crecieron sentimientos

más fleros, cuanto más hombres.
Parece que en Serafina
los años y disfavores
sobre apuesta se aumentaban
al paso que mis temores.
Ya en el abril nuestra edad,
a su gusto humilde y dócil,
buscaba con que obligarla;
tal vez despoblando el bosque
de amorosos pajarillos,
en azafates de flores
nidos la llevaba, o cunas
de géminis ruiseñores;
tal vez el corzo manchado,
y tal discurriendo ei monte,
la di, por prendarla Vénus
al homicida de Adonis.
Mil fiestas vestí de galas,
mil galas cubrí de motes,
mil motes cifraron quejas,
y mil quejas dieron voces
contra mil ingratitudes
que, hallando piedad en bronces,
en ella sólo sirvieron
de aumentar desprecios dobles.
Como es Amor mercader
y, si no le corresponden,
quiebra su caudal fallido
y por lo más flaco rompe,
rompió en mí por la salud.
¿Qué mucho? Valientes robles
besan las rústicas plantas
de quien les duplica golpes.
Llegué a la muerte. ¡Olalá
como perdí las colores,
perdiera el último aliento
y ahorrara penas atroces
que aumentando de día en día
agravios a indignaciones,
para hacerse inespugnables,
buscan celos coadjutores!
Vio mi madre mi peligro
y, adivinando de donde

procedían los efetos
de causes que el pecho esconde,
piadosas solicitudes
inventaron persuasiones,
encaminaron promesas,
ruegos, caricias y amores
con que obligar a mi ingrata
a que añadiendo eslabones
al parentesco, aceptase
el ser mi amada consorte.
Propúsola de mi muerte
los infalibles temores,
el malogro de mis años,
las muchas obligaciones
de parienta, de pupila,
de generosa, de noble,
y la crueldad que ganaba
con el cielo y con los hombres
ocasionando mi muerte;
apoyando persuasiones
con lágrimas que ablandaran
a los tigres mss feroces.
Oyó, si no enternecida,
atenta, importunaciones
piadosas, no voluntarias;
pidió plazo, resolvióse,
al parecer, a pagar
amantes ejecuciones;
mas cuando el alma no admite,
¿qué importa que el cuerpo otorgue?
Dióme salud en albricias
este contento, y quitóle
la suya a mi hermoso dueño;
yo convaleciente entonces
por ver mi amor admitido,
y ella enferma. Con un golpe
nos dieron la vida y muerte
unas mismas ocasiones.
Como al paso me aborrece
que quiere mi amor la adore;
fue la causa mi esperanza
de sus desesperaciones.
Llegó al cabo, visitéla;

y ella, eclipsados los soles,
perdición de mi quietud
cuando de mis gustos norte,
gualda el jazmín y el clavel,
nublados los arreboles,
los granates ya violetas,
y el rubio oriente ya noche,
viéndose a solas conmigo,
animada incorporóse
en la cama, y tras un "ay,"
me dijo aquestas razones,
"Don Alfonso de Gonzaga,
el ordenado desorden
de las estrellas distingue
las almas e inclinaciones.
Si tuvieran las dos nuestras
inflüencias uniformes
y la voluntad pagara
las dendas que os reconoce
y el cielo imposibilita;
el ser, que de un tronco noble
en los dos nos da una sangre
que generosa nos honre;
la regalada tutela
que en esta casa da nombre
más de madre que nutriz
a quien mís años deudores
mi crïanza le confesan;
las partes que os anteponen
a todos vuestres iguales
cuando no a vuestros mayores;
¿qué dichas no ocasionaran
a darme amor los blasones
que su yugo hacen felices
que tu paz hacen conformes?
No quiso el cielo, no quieren
las opuestas condiciones
que en los dos se contrarían
que suerte tan feliz goce.
Alfonso, yo os aborrezco
más que la luz --no os asombre--
a las tinieblas eternas,
la lealtad a las traiciones.

¿Qué importará que obligada
el sí a vuestra madre otorgue
de esposa vuestra si al fin
es fuerza que se malogren
mis años; que no pudiendo
amaros, lijeros corren
en el abril de su curso
al mar que las vidas sorbe?
Si sois verdadero amante,
antepondréis mis pasiones
a las vuestras--¿quién lo duda?--
y sin sufrir que despoje
la muerte, que espero cierta,
mi edad en flor, daréis orden
de olvidarme o permitirme
que en piélagos no me engolfe
imposibes de vencer
porque antes el primer móvil
dejará de arrebatar
tras sí los celestes orbes
que yo quereros bien pueda.
Esto baste y esto sobre
para quien ama perfeto,
o adquirirá fama torpe."
Dijo, y con un parasismo
peligroso, persuadióme
a los repudios vitales,
castigo del primer hombre.
¡Juzgad vos de qué manera
queda quien la sentencia oye
capital, y ve sin vida
el alma de sus acciones!
Sentí...pero esto se deje
a amantes contemplaciones;
que cuanto más las pondero,
se quedan más inferiores.
Volvió en sí desde allí a un rato
y yo, con pasos veloees,
con desengaños mortales,
con homicidas dolores,
sin hablarla y despedirme,
en un caballo de monte,
solo, aunque no depesares,

cuando espiraba la noche
salí de Milán, poblando
de quejas y compasiones
los aires con mis suspiros,
con mis desdichas los bosques,
deseando hallar la muerte
que al infelice se esconde.
Pasé a Alemania y en ella,
mudando el traje y el nombre,
serví al César Federico
que allanaba los cantones
del esgüízaro rebelde,
tudesco y grisón, adonde
con solamente una pica,
fueron desesperaciones
hazañas que me ganaron
si no ventura, blasones.
Obligado el César de ellas,
generoso aficionóse
a honrarme y fuéme premiando
desde los más inferiores
a los cargos más sublimes
hasta fïarme en su corte
el gobierno de su imperio,
consultas y provisiones.
Como mi apellido y patria
negué y me llamó don Lope
de Haro, linaje ilustre
entre Martes españoles,
no me conoció ninguno
y así en Milán publicóse
mi muerte por la codicia
de intereses sucesores
que, causándola a mi madre,
estados y posesiones
dividieron avarientos,
perdieron disipadores.
Era yo de Castellón
y Castelgofredo conde
que, feudatario al imperio,
no pueden nuevos señores
poseerle, si del César
confirmados con el nombre

e investidura primero
por dueño no le conocen.
A esta causa Serafina,
que entre algnuos pretensores
es la más propincua en sangre
a mis estados, valióse
de su acción delante el César;
y mediando intercesiones,
le suplica que en mi herencia
la ampare y posesione.
Supo ser yo su privanza
y que sólo por mi orden
se gobernaba el imperio
y buscando protectores,
sin conocerme, me ruega
que por su justicia torne
y no permita, yo muerto,
que ambiciosos la despojen.
Halléme heredado en vida,
rogado ofendido, y dióme
la ocasión a manos llenas
venganza en satisfacciones;
pero el Amor, siempre hidalgo,
que crece más con rigores,
como dios perdona injurias,
como rey reparte dones,
pudo más que mis ofensas
y, burlando opositores,
del modo que antes al alma
la rendí mis posesiones.
Ya condesa y yo por ella
de favor y estados pobre,
con don Alfonso crüel
y amorosa con don Lope,
me escribió agradecimientos
en cuyas cifras esconde
deseos que satisfagan
mis servicios acreedores.
Correspondiónos la pluma
y quedéle a sus renglones
deudor, si no a sus palabras
porqee, aumentando favores
y terciando medianeros,

Federico al fin me escoge
por su eaposo, y ella alegre
fiestas hace y lutos rompe.
Bajó el César a Milán
porque en ella se corone
de la segunda diadema
hasta que en Roma le adorne
con la tercera dorada
el mayor de los pastores;
Saliéndole a recebir
entre grandes y barones
Serafina, que engañada,
al punto que me conoce
alienta aborrecimientos
y repudia obligaciones
por no cumplirme escrituras
con frívolas evasiones.
Jura malograr sus años
antes que esposo me nombre.
El César, que conociendo
quien soy junta admiraciones
a premios con que la obligue
y su rigor no provoque
temores y ruegos mezcla;
mas ¿gué temor hay que importe
contra su natural rebelde
dispuesto a persecuciones?
Ascanio, yo sé que en vos
los ojos y el alma pone
después que, desengañada,
mis serviclos desconoce.
Si, de competencias libre,
fueron causa sus rigores
de voluntarios destierros
cuando a segundarlos torne,
¡juzgad vos cuál volverán
llevando martirios dobles
tormentos hasta aquí simples
y ya con celos disformes!
¿Vos premiado, yo ofendido,
y que mis años malogre
para mí Dafne crüel,
para vos tierna Leucótoe?

No, Ascanio. O muriendo yo
libre vuestra dicha goce
bellezas que no merezco,
o muerto vos, desahoguen
celos un alma que espera
salir de estas confusiones.
Mañana al amanecer,
si acudís--que siendo noble,
sí haréis--a Valdearrayán
donde no haya quien estorbe
o la venganza a mis celos
o el triunfo a vuestros amores.

Vase don ALFONSO

ASCANIO: Yo no tengo voluntad
a Serafina si bien
conozco de su beldad
que cuantos sus ojos ven
la rinden su libertad.
Lucrecia es de mis desvelos
ocupación peregrina.
¿Qué importa que forma celos
y se los dé Serafina
a Alfonso, cuando los cielos
niegan la correspondencia
que, por oculta aversión
la aparta de su presencia?
Donde no hay inclinación,
no puede haber competencia.
No inclinándome a su dama,
mal con él competir puedo;
si ella muestra que me ama
y le aborrece, ¿en qué quedo
culpado yo? ¿A qué me llama
al campo, o sobre qué estriba
este enojo mal fundado?
Mas la soberbia derriba
la prudencia en el privado,
y Alfonso muestra que priva.
Cuando en el campo me aguarde
y hagan sus celos alarde
de lo que en mí no es delito,

aunque con éi no compito,
daré muestras de cobarde
si al sitio y plazo no acudo;
y, en acudiendo, el favor
del César será su escudo.
Mas cumpla con mi valor
la fama que ofender pudo
y castigue sinrazones
la espada, que lengua fue
contra ciegas objeciones,
porque dé a las obras fe
quien no oye satisfaciones.

Quédase a un lado del salón, viendo venir el emperador FEDERICO y a SERAFINA

FEDERICO: Si el ser yo su intercesor
no baste para obligaros
y podéis dempeñaros
de mi gusto y de su amor,
fuerza será, Serafina,
dar al derecho lugar
con que Alfonso ha de tornar
a su estado.
SERAFINA: Ni él se inclina,
gran señor, a preteader
esposa que interesable
no corresponda agradable
a su amor ni a mí el perder
a Castellón. ¿Será justo
que contra mi voluntad
cautive la libertad
si con ella pierdo el gusto?
¿Qué aprovechará el deciros
que le amo por no ofenderos,
que grato intento teneros,
que el sí le doy por serviros,
si en muestras de sus enojos
imposibles de sufrir,
veis mil veces desmentir
en mí a la lengua los ojos?
Quede sin hacienda yo
y quede con libertad.

FEDERICO: No os marece esa crueldad
quien su estado en vida os dio.
SERAFINA: Confiesa el entendimiento
lo que rebelde resiste
la voluntad, que consiste
en el vario movimiento
de los cielos, que disponen
que al conde no quiera bien.
Yo misma culpo el desdén
que mis dichas descomponen;
mas son de tal calidad,
que llevándome tras sí,
ni a él le puedo dar el "sí,"
ni de vuestra majestad
--perdone mi desvarío--
cumplir el justo deseo.
FEDERICO: Yo en las estrellas, no creo
que contra el libre albedrío
haya fuerza.
SERAFINA: Esa verdad
ya es fe, que no es opinión;
mas causando inclinación
sin forzar la voluntad,
me parece desatino
digno de cualquier error
cautivarme sin amor
al dueño a quien no me inclino.
Alfonso su estado cobra
y estime este desengaño;
que en mí será mayor daño
quedar cautiva que pobre;
y crea, pues desoblgo
con tan libre claridad
así a vuestra majestad
que no puedo más conmigo.
FEDERICO: Quedáos con Dios; pero advierta
vuestro resuelto desdén
que a mis agravios también
abrís, señora, la puerta;
y que ya vuestro rigor
no sólo al conde provoca
sino que en ofensa toca
que hacéis al emperador.

Por el conde intercedí;
mas si yo no os obligare,
quien con vos se desposare
me dará pesar a mí.
SERAFINA: Gran señor...
FEDERICO: ¿Aquí estáis vos,
Ascanio?
ASCANIO: Siempre me empleo
en que os siga mi deseo
sirviéndoos.
FEDERICO: Quedáos los dos.
Pienso que así os obligo.
No sé yo quien se inclina
a amar más a Serafina
que a ser, Ascanio, mi amigo.

Vase FEDERICO

ASCANIO: (A mí viene enderezado **Aparte**
este aviso. ¿Hay cosa igual?
¡Del conde tratado mal,
del César amenazado,
y yo libre de ofendellos!)
Serafina--¡vive Dios!--
que he de perderme por vos.
Yo adoro los ojos bellos
de Lucreeia. Alfonso os ama.
Federico le apadrina.
Mi voluntad no se inclina
a abrasarme en vuestra llama.
Mi prenda, por vos celosa,
rayos de enojo me envía.
El conde me desafía.
La presencia rigurosa
del augnsto me amenaza.
Vos perdeis a Castellón
si mudando de opinión
no dais en esto otra traza.
Mirad lo que hemos de hacer
porque si vuestra presencia,
estando sin competencia,
en mí no pudo encender
llamas que me den cuidado,

ya vos veis lo que podrá
en quien receloso está
de un monarca y un privado.
SERAFINA: En el pecho generoso,
Ascanio, la privación
da apetito a la afición,
porque en lo dificultoso
se acredita lo invencible.
Cuando yo no mereciera
que desvelo vuestro fuera
mi persuasión apacible,
el opuesto poderoso
os había de obligar
a vencer y porfïar,
o enamorado o temoso;
que yo después que el augusto
me pone tasa en quereros
y con temores severos
pretende forzar mi gusto,
tanto mi altivez animo
sin volver un punto atrás
que al paso que os quiero más
más al conde desestimo.
Mirad vos con qué valor
osaréis desobligarme
cuando habíades de amarme
por sólo el competidor.
Mas pues del campo os salís,
podrán decir los que os ven
no que no me queréis bien,
mas que de cobarde huís.

Vase SERAFINA

ASCANIO: ¡Vive Dios que es caso recio;
que esto estribe ya en porfía!
El conde me desafía
y doy causa a mi desprecio
cediéndole la ventaja.
Si voy al César irrito.
Si ve que con él compito,
Lucrecia el favor ataja
con que mi dicha enriquece.

Pues ¿qué medio he de elegir?
No amando, ¿he de competir?
Sí, pues que se ensoberbece
un privado presumido
de su dama desechado.
Saldré, si no enamorado,
por lo menos ofendido.
Y volviendo por mi fama,
me hallará competidor
el conde de su valor
puesto que no de su dama.

Vase ASCANIO. Salen LUCRECIA y PORTILLO

LUCRECIA: En fin, ¿vos sois español
y servís al conde?
PORTILLO: Fui
español, porqne nací
sobre un pantuflo del sol,
Pues cuando las colchas alza
con que le arropa la noche,
el sol desde el mismo coche
sacando un pie, se le calza.
LUCRECIA: ¿Cómo ansí?
PORTILLO: Es el colodrillo
de Castilla que se llama
la vieja, honrando su fama
espárragos de Portillo.
Su nombre me cupo a mí
y de ella me desterró
cierto hurgón que despachó
un alma al limbo. Salí
a ver el mundo alemán
con cargo de mochillero;
fui dos años mosquetero.
Hizo el césar capitán
a don Alfonso Gonzaga.
Aficionóseme luego,
y desbalijada al juego
como se tardó la paga,
me ha1ló la necesidad
faltillo de ropa blanca.
Como la nobleza es franca,

valíme de su amistad
y, en fe que le satisfago,
de *cama-rada* me dio
medio nombre porque yo,
señora, la *cama* le hago.
LUCRECIA: Según eso privaréis
mucho con él.
PORTILLO: No me ha dado
nada, y hállome privado
de todo; mas no penséis
que me hace poca amistad
pues me fía su secreto
por continuo y por discreto.
LUCRECIA: ¿Tiene mucha voluntad
a Serafina?
PORTILLO: Eso es plaga.
Ni a Angélica el paladín,
sus bemoles a Jusquín,
al hida;go la biznaga,
a doña Catrina el moño,
al galán la bigotera,
a Pérez la lavandera,
a erizo breva o madroño
causan tan grandes cuidados;
y, porque ansí le advertimos
todos los que le servimos
andamos serafinados.
LUCRECIA: ¿Y es posible que con él
no acaban los desengaños
de curarle en tantos años?
PORTILLO: No, señora; ella es crüel
con sus ribetes de zaina
y mi señor que lo ignora,
tal vez, puesto que la adora,
la llama faldas de Humaina.
Pero ¿por qué es el exámen?
LUCRECIA: No sé.
PORTILLO: ¡Linda damería!
¿Quiérele bien su siría?
LUCRECIA: No estimarán que los amen
los que están acostumbrados
a vivir de menosprecios.
PORTILLO: Hay apetitos tan necios

que en fe de andar opilados
buscan manjares caducos.
Cierto melindre sé yo
que en un convite trocó
perdices por almendrucos.
Quien a lo agrio es inclinado,
con lo dulce se halla mal;
la condesa del Casal
por lo acedo le ha agarrado.
Avinágrese vusía;
ensuegre tal vez la cara
porque si en ella repara
nuestro conde, ser podría
que antojos de su desdén
nos le deserafinasen
y agrio por agrio probasen
cuál de ambas le está más bien,
y a mi cuenta... Pero quedo;
que sale el emperador.
LUCRECIA: Y con él vuestro señor.
PORTILLO: Pues atísbele a lo acedo.

Salen FEDERICO y ALFONSO

FEDERICO: Ni Serafina ha de usurpar condesa
a Castellón que su señor os llama,
ni aunque en su amor el vuestro se interesa,
vuestra esposa no ha de ser ni vuestra dama.
Mi autoridad en eso se atraviesa,
no ya por vos, Alfonso; por la fama
que correrá por el plebeyo abuso
de que a mi gusto una mujer se opuso.
Quien al César desprecia medianero,
cuando después os quiera, será en vano;
pues no es digna que siendo vos lijero,
mi respeto perdido, os dé la mano;
ella y yo competimos, y ver quiero
si mi favor en vos es tan liviano
que atropellando agravios, determina
amar contra mi gusto a Serafina.
ALFONSO: Gran señor, si merecen mis servicios
premio en vuestra piedad...
FEDERICO: Tiene Lucrecia

El alma puesta en vos, y en mí propicios
favores cuando esotra os menosprecia.
Estimad amorosos beneficios,
y altivez desdeñad, que por ser necia,
merece justamente aborrecella,
si no es que con vos puedo menos que ella.

Vase FEDERICO

LUCRECIA: Con tal intercesor, no pongo duda
que agradecido deis a mi esperanza
correspondiente amor, si es que os desnuda
de indiscretas pasiones la venganza.
Sana al enferma que los aires muda;
enfermo estáis de amor. Haced mudanza
y hallaréis en Lucrecia un pecho lleno
de amor, preservación de ese veneno.

Vase LUCRECIA

PORTILLO: Si en consejos de estado tiene voto
un mozo de tu cámara, que ignala
la experiencia al deseo, sé piloto
que en puertos sin provecho no jace cala.
Lucrecia es bella, el César maniroto;
váyase Serafina en hora mala
o los dos nos iremos, si dejamos
esta ocasión, y al César enojamos.

Vase PORTILLO

ALFONSO: Eso no, firmeza mía;
con resistencia el valor,
con imposibles Amor
alienta su monarquía.
quien de la posesión fía
premios de gusto agradable,
su esperanza hace culpable;
quien sin premio amor procura
sin dar servcis a usura,
noble es, que no interesable.
¿Qué importa que Serafina
aborrezca mis intentos?

Viva está en mis pensamientos;
posesión gozo divina.
Desdeñe a quien no se inclina;
trate mi fe con rigor;
que la fama haré mayor
de mi inaudita alabanza
si amando sin esperanza,
es platónico mi amor.
Iguales coronas den
a la suya y mi firmeza;
ella en mostrarme aspereza,
yo en quererla siempre bien.
Compita amor y desdén,
pues en esto iguales son,
u niegue su inclinación
la inclinación de mi empleo;
que más vale ella en deseo
que Lucrecia en posesión.
Dueño la hice de mi estado;
gócele aunque aborrecido;
que el amante bien nacido
nunca quita lo que ha dado.
Si el César está indignado,
menos daño es no privar
que de mí degenerar.
Haya, como una mujer
constante en aborrecer,
un hombre firme en amar.

Vase ALFONSO. Salen ASCANIO y SERAFINA

ASCANIO: El emperador me envía
a tomar la posesión
des Casal y Castellón,
y quiere que en tercería
por don Alfonso y por vos
se conserve en mi poder
hasta examinar y ver
cuál, señora, de los dos
se cansa de porfiar
y en su gusto corresponde,
o vos eligiendo al conde,
o él dejándoos de amar.

Dad gusto al César, por Dios,
y sacaréis de cuidado
a Alfonso, al augusto airado,
a Lucrecia, a mí y a vos.
LUCRECIA: Conquiste el César ciudades
que después el conde adquiera,
y no salga de su esfera
a conquistar voluntades.
Busque dama con amor
su privado en quien se abrase;
que es afrenta que se case,
despreciado, por favor.
Lucrecia por la ganancia
os deje, que se le sigue,
para que mudable obligue
a más valor mi constancia;
y vos, Ascanio, mostrad
que sabéis satisfaceros,
generoso hasta oponeros
a una pasión majestad;
que os tendrán por ignorante
si vuestro amor deslucís,
mientras agravios sufrís
sin vengar celos amante;
que yo en esta competencia,
de Castellón despojada,
tengo hacienda excepcionada
del César, pues en la herencia
de mis padres sucedí,
con autoridad bastante,
cuando, interesable amante,
mi dote améis más que a mí;
que si primero os quería
tibiamente, ya que os veo
dificultoso, os deseo,
y crece con mi porfía
mi amor de suerte que trato,
si no sale vencedor,
morir; que en lances de amor,
lo más caro es más barato.
ASCANIO: Juzgando vos disculpable
ese desdén que aumentáis,
porque de firme os preciáis,

¿es bien que yo sea mudable?
No, Serafina. Primero
que os ame--ved si es factible--
será el conde--si es posible--
conmigo vuestro tercero,
que yo, a hacerle agravio llegue.
No os canséis en porfïar
porque yo no os he de amar
mientras él no me lo ruegue.

Vase ASCANIO

SERAFINA: ¿Por qué si eres niño, Amor,
en los efetos criatura,
te ofendes con la blandura,
te aumentas con el rigor?
¿No es mejor,
siendo dios, que lo parezcas,
que apetezcas
finezas con que te obligues,
que ingratitudes castigues
y lealtades agradezcas?
Pero dirás que es delito
huír tu jurisdicción;
que lo que está en posesión,
es fuga del apetito.
Solicito
a Ascanio cuyos empleos
por rodeos
vencen mis riguridades,
porque las dificultades
multiplican los deseos.
Muéstrome al conde crüel
porque me sirve; y pudiera
ser, cuando me aborreciera,
que me muriera por él.
Siendo fie1,
su firme lealtad castigo;
a mi enemigo
quiero fácil y amo ciega.
Huyo, Amor, de quien me ruega
y a quien me desprecia sigo.

Sale ALFONSO, de camino

ALFONSO: Para desocasionaros,
Serafina, del aprieto
en que césares rigores
a vos y a mí nos han puesto;
aunque de veros me prive,
no hallo mejor remedio
que ausentarme de Milán,
si bien del alma me ausento.
Mándame el emperador
que segunda vez sea dueño
de los estados que os di,
y la libertad con ellos.
A que no os ame me obliga
como si en tales preceptos
tuviera jurisdicción
quien la tiene en el imperio.
Contra vos esta indignado
porque a influencias del cielo
correspondéis desdeñosa,
mis dichas aborreciendo.
Yo no, Serafina mía,
porque solamente en esto
de conocer lo que soy
me puedo llamar discreto.
Bien sé que no tengo partes,
si bien presunciones tengo
de amaros, para quererme.
Bien sé que merecimientos,
hermosura, discreción
pudieran, a conoceros
la fortuna que os envidia,
señora del mundo haceros.
Sois serafín, más que en nombre
en prendas que reverencio,
y sólo otro serafín
es digno de mereceros.
Yo de partes desvalido,
en pretensiones soberbio,
desadichado en esperanzas,
si dichoso en sus empleos,
pudiera, pues os conozco,

con faetones escarmientos
reprimir intentos vanos,
que han de quedar en intentos.
Bien hacéis en desdeñarme
y--¡ojalá como confieso
cuán loco soy en amaros
furra sabio en no ofenderos!--
mas como a vos os obligan
estrellas y astros opuestos
a aborrecerme indignada,
a mí me obligan los mesmos
a adoraros presumido,
No los culpo, antes les debo,
venturoso en esta parte,
la gloria del pretenderos.
Que en Lucrecia mi amor mude
me manda el César mi dueño
o que me exponga a rigores,
de la privanza herederos.
No niego méritos yo
de su belleza; mas niego
que a obediencias eoronadas
pueda amor vivir sujeto.
Prendas hace en vuestro estado
--que pues os la di ya es vuestro--
sin ver que andando desnudo
Amor; nunca estriba en ellos.
Para excusar, puus, peligros
que no por mí por vos temo,
notifico a mis pesares
--¡ay Dios!--segandos destierros,
Descansaréis, Serafina,
no viéndome, y yo contento
con saber que lo estáis vos,
si no amado, satisfecho
en que os sirvo, entretendré
amorosos pensamientos
que por contemplarlos ricos,
pienso conservar eternos.
Fernando reina en España,
Granada llama extranjeros
que contra el moro sitiado
ganen valor, si no premios.

NEGARÉ MI PATRIA Y NOMBRE:
y al César, que por vos dejo,
forzará a daros mi estado
la fama de que soy muerto
si, antes que deje a Milán,
a las manos y el acero
de quien amáis y me aguarda
en el campo, no lo quedo.
No volverá Italia a verme,
condesa, viven los cielos,
si no es que, del alma libre,
la compasión traiga el cuerpo.
Ellas es vuestra, ya os la di;
a Castellón os entrego;
en vida me sucedéis,
y en ella me desheredo.
¡Ojalá que como os doy
el pobre estado que tengo,
en vuestras sienes honrara
los tres lauros del imperio!
Pero el vuestro Ascanio goce,

Enjúgase los ojos

y perdonad, que los celos
mis ojos afeminaron,
y sin consulta salieron
del alma lágrimas nobles;
que celos y amor a un tiempo,
imitación de nublados,
vierten agua y llueven fuego.

Quiere irse

SERAFINA: Esperad, conde, esperad;
que no acredita su esfuerzo
quien en los trances mayores
teme el golpe y huye el riesgo.
Amar sin correspondencia
de sus damas no es tan nuevo
que en martirios del amor
no halléis valientes ejemplos.
Merecer perseverando

sin esperanza de premio
da a la voluntad quilates,
y corona el sufrimiento.
Si Federico, que en vos
restituye su gobierno
y por el favor que os hace
se humilla tercero vuestro,
os ve ausentar por mi causa,
¿quién duda que a los primeros
añada enojos segundos
quedando yo blanco de ellos?
Yéndoos vos, peligro yo
y no sólo no sucedo
en vuestra herencia y estado,
sino que los propros pierdo.
¡Ved qué traza de buscar
a mis quietudes remedio,
si en vuestra ausencia peligra
la fe vuestra y mi sosiego!
Ausentáos si es que intentáis
vengaros, pues lo merezco;
pero desnudaos del nombre
de amante firme y perfeto.
ALFONSO: Eso no, que es imposible;
pero ¿qué traza hallaremos
que a vos enojos no os cause
si os quejáis a que me ausento?
SERAFINA: Un modo imagino, conde,
tan difícil como nuevo
que si vos le ejecutáis,
os dará el lugar supremo
de cuantos vasallos honran
a Amor, y en su golpe ciego
con hazañas inauditas
el ***non plus ultra*** pusieron.
ALFONSO: No seré ya desdichado
si, dándoos a vos contento
en alqo, puedo alabarme
que si no alcanzo, merezco.
Proponedle, pues, señora.
SERAFINA: Propondréle, si bien temo
que tiene de deslucir
las finezas que habéis hecho,

rehusándole por extraño.
ALFONSO: Por agraviarme hasta en eso
dudáis de quien, por serviros,
es martirio de sí mesmo.
Lo que os amo acreditad.
SERAFINA: Ahora bien, no escuchéis cuerdo;
que para lo que os propongo,
loco, Alfonso, he menesteros.
Yo no os tengo voluntad
ni, aunque lo procuro, puedo
hacer que el alma rebelde
se allane al conocimiento.
El César severo insiste
en que paguéis los empeños
de Lucrecia y la sirváis
amante por gusto ajeno;
Desdeña mis pretensiones
Ascanio, celoso de esto;
que nadie es cortés con damas
si tiene por otra celos.
Yo, que le amaba remisa,
cuanto más difícil veo
mi ocupación amorosa,
más su imposible apetezco.
Si deseáis, pues, mi gusto
como afirmáis y lo creo,
haciendo la costa vos,
fácil salida hallaremos.
Fingid que a Lucrecia amáis
y, obediente a los preceptos
del César, haced ensayos
de amor si no verdaderos,
que en vos no serán posibles,
cautelosos a lo menos,
que a Lucrecia persüadan
y al César dejen contento.
Obligad después a Ascanio
con dádivas y con razones,
ya animándole a privanzas,
ya ofreciéndole gobiernos,
a que su esposa me elija;
que en él temores y apremios,
no siendo cual vos constante

sabrán conseguir tal intento.
El César entónces, grato
al fiel reconocimiento
con que ejecutáis su gusto,
y apacible a vuestros ruegos,
me admitirá a vuestro estado,
con otros satisfaciendo
vuestra lealtad y servicios,
pues tiene tantos en feudo;
y yo, allanando rendida
dificultades que han hecho
tan apetecible a Ascanio.
Si en mi dominio le veo,
le vendré a menospreciar
al paso que le pretendo;
que siempre enfada adquirido
lo que se envidiaba ajeno.
Olvidaréle, no hay duda
y a vos que con otro dueño
en sus favores prohijado
os contemplaré extranjero.
Viéndoos ya dificultoso,
podrá ser--no os lo prometo--
si amante os aborrecía,
que os apetezca severo.
Mío fuistes siempre, conde,
y las mujeres tenemos
galas y amantes antiguos
de ordinario en poco precio.
Barato me habéis costado,
don Alfonso; encarecéos.
Hacéos más estimar,
desviad ojos, dadme celos.
Mujer soy como las otras.
Haced diligente en esto
la prueba, y del enemigo,
Alfonso, el primer consejo.

Vase SERAFINA

ALFONSO: ¡Qué de cosas encontradas
banderizan pensamientos,
que antes desesperaciones

esperanzas van tejiendo!
¿Que no me ausente? ¿Que sirva
a Lucrecia y que ofreciendo
amistad a Ascanio y cargos
contra mí sea su tercero?
Desafiéle celoso,
¿y mándanme ser a un tiempo
su abogado y su fiscal?
¡Qué terrible mandamiento!
Pero, en fin, lo prometí.
Palabras de amor perfeto
en quien las ofrece noble
traen fuerza de juramiento.
¡Sentenda desesperada!
Mas, si bien la considero,
a apelaciones convida
con vislumbres de remedio.
Que es mujer como las otras
me avisa, y apeteciendo
lo difícil las demás,
lo fácil les es molesto.
¿Qué mucho que las imite!
Siempre me ha visto sujeto,
sin resistencia a rigores,
a las leyes de su imperio.
Lo continuo causa enfado,
lo exquisito da deseos,
y lo que Amor dificulta
hacen posible los celos.
Que celos la dé me manda
y quien me avisa con ellos,
principios muestra de amor,
más piedad, rigores meno.
Ya yo sé que cautelosa
me facilita con esto
a persuadir a su amante
que la corresponda tierno;
pero tambié hemos visto
que al contrario más soberbio,
queriendo acertar, le matan
tal vez sus ardides mesmos.
Démosla celos, Amor;
voluntad encarecéos;

ojos míos, divertíos;
asistencia, acudid menos;
pensamiento, obedezcamos
a nuestro enemigo en esto
desde hoy, y del enemigo,
Amor, el primer consejo.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

Salen ALFONSO y ASCANIO

ASCANIO: Si en mi muerte o en la tuya
consiste el tener sosiego
yo u tú, ¿qué esperas?
ALFONSO: Son luego
los celos, la fuerza suya
sólo en la materia estriba
que sus llamas manifiesta
y no es posible, cuando ésta
le falta, que el fueqo viva.
Túvelos de ti, ya estoy
de suerte desengañada,
que no ofendido, obligado,
con esta espada te doy
los brazos, si los estimas,
y esta cédula con ellos
que obligue a correspondellos,
pues a mi instancia sublimas
tu nobleza, ahora mayor.
El César, conmigo franco,
provisiones me da en blanco,
porque conozco mejor
--según dice, y no se engaña--
los méritos y sujetos
de sus vasallos discretos.
La majestad se acompaña
siempre de la adulación;
no sé qué tiene con ellos
la verdad, que huyendo de ellos,
tan raras las veces son
que sigue la autoridad
de majestades servidas;
que un rey, si no es por oídas
no conoce a la verdad.
Esto inventó los privados,
que, en fin, como más tratables,
llanos y comunicables,
pueden distinguir estados
y conociendo sugetos,

premiar los más suficientes,
pues por segundas agentes
influye Dios sus efetos;
y ésta es la causa que en mí
descanse el César acciones
y, dándome provisiones
en blanco, no fíe de sí
lo que de mi lealtad fía.
Conozco tu discreción,
y así la gobernación
de Milán y de Pavía
te despacho en nombre suyo.
Vicario del sacro imperio
eres; que en su ministerio
lo que le has de honrar arguyo.
Bésale al César los pies.
ASCANIO: Con armas aventajadas
en las sospeehas pasadas
te trajo aquí el interés
amoroso; pero agora
que, no usando del favor
que te hace el emperador,
tu partido se mejora.
De tu valor das indicios;
ya yo estoy en tu poder
porque no hay para vencer
armas como beneficios.
Estimo los que me has hecho
y que conozcas de mí
que nunca te deserví
y con esto satisfecho,
renuncio la dignidad
que por el César me ofreces;
pues si por ella apeteces
que profese tu amistad,
no por cargos lisonjeros
se han de obligar mis cuidados
porque de amigos comprados
pocos salen verdaderos.
Desinteresable intento
servirte, Alfonso.
ALFONSO: Ya sé
Los quilates de tu fe

y que del entendimiento
distinta la voluntad,
para que se facilite
tal vez cohechos admite;
pero como es la verdad
del entendimiento objeto,
sola ella le satisface;
que el prudente jamás nace
al vil interés sujeto.
Yo a lo menos nunca oí
que haya por interesados
entendimteutos cohechados,
pero voluntades sí.
La tuya, por ser bidalga,
ni admite ni paga pechos;
sólo recibe derechos
de la mía; y esto valga
para obligarte a caudales
de nuestra amistad testigos;
que no seremos amigos
perfetos, no siendo iguales.
Sentirálo Federico
si desprecias su favor.
ASCANIO: Por ti soy gobernador
puesto que te certifico,
amigo, que para sello
tuyo yo, no necesitas
diligencias exquisitas.
ALFONSO: ¡Ay, noble Ascanio, y qué de ello
te he menester!
ASCANIO: Dime en que,
y ¡ojalá difícil sea
tanto, que un milagro vea
en mí de lealtad y fe
el mundo!
ALFONSO: ¿Me cumplirás
esa palabra?
ASCANIO: Dudando
de mí, me estás agraviando.
Declárate, y lo verás.
ALFONSO: No te espantes; que ha de ser,
Ascanio, contra ti mismo
lo que te pida. Un abismo

en mí llegarás a ver
de contradicciones locas
si, encerrándote en mi pecho,
en tu amistad satisfecho,
las penas que siento tocas.
Los imperios de un desdén
me obligan con riesgo igual
a cosas que me están mal,
y que no te han de estar bien.
Mira a qué estado he venido,
que he de hacerte intercesor
de un amor que no es amor,
de un olvido sin olvido.
Yo te tengo de oblijar
a una acción que, si la dejas,
de tu fe formando quejas;
si la haces, me has de matar.
A ser tercero te obligo
por mí, Ascanio contra mí;
como amigo fío de ti
lo que hicieras mi enemigo.
Si no lo cumples, mi vida
fin trágico ha de tener;
y en cumpliéndolo, has de ser
mi bienhechor y homicida.
¿Has oido tú jamás
paradojas semejantes?
ASCANIO: Ponderaciones amantes
exageran eso y más.
Acaba de declararte.
ALFONSO: Yo aborrezco lo que adoro,
desdeñoso me enamoro
de quien dudo por amarte;
que corresponda a mi intento
con esta has de interceder
por mí; con la otra has de ser
agradecido violento.
Has de aborrecer lo que amas
y amar a lo que aborreces;
si lo que adoro apeteces,
mi agravio vive en tus llamas;
si a quien amas no desdeñas,
de ti me quejo ofendido.

Juzgarásme sin sentido
o imaginarás que sueñas
las quimeras que no entiendes;
mas verás, cuando las sigas,
que ofendiéndome me obligas
y obligándome me ofendes.
ASCANIO: Conde, si no te declaras,
o imaginaré que pruebas
en mí amistades, por nuevas,
dignas de experiencias raras,
o desacreditarás
la cordura que hasta aquí
tanta opinión tuvo en ti.
ALFONSO: Declárome, Ascanio, más.
Serafina, competencia
de la belleza y rigor...

Sale PORTILLO

PORTILLO: Sabido ha el emperador,
señores, vuestra pendencia.
Mirad lo que habéis de hacer
porque en vuestra busca sale
hecho un tigre.
ALFONSO: Aplacarále
el llegar a conocer
la amistad que entre los dos
hoy empieza a eslabonar
lazos, que no han de quebrar
el tiempo o la muerte. Adiós,
que voy a desengañarle.
Sígueme, porque después
que gracias cuerdas le des,
puedas, con asegurarle,
ejercitar el gobierno
que ya te ofrece Milán.
En confusion te tendrán
las dudas que del infierno
de mis ciegas confusiones
sale, para atormentarme.
Yo volveré a declararme.
Sosiega imaginaciones.
Mientras a cumplir te ofrescas

leyes de amigo constante,
Serás a mi ruego amante
de quien--¡ojalá!--aborrezcas

Vanse ALFONSO y PORTILLO

ASCANIO: No es tan esfinge el enigma
que, Édipo, yo no le entienda.
A la acción que me encomienda,
me alienta y me desanima.
Cosas que le han de estar mal
y que a mí no me están bien,
¿qué han de ser si no es desdén
que, con competencia igual,
en Serafina procura
correr con su amor parejas?
Cuando me intimaban quejas
desprecios de su hermosura,
la respondí, "En vano os ciega
tema que os ha de engañar
porque yo no os he de amar
si Alfonso no me lo ruega."
Puede tanto en la mujer
el desprecio y disfavor
que en vez de apagarse amor,
incendios suele crecer;
y está de suerte sujeto
a su gusto el conde amante
que le obligará arrogante
a que leal, si indiscreto,
a su amor me persüada
y a mi dama se aficione.
Por su intercesor me pone;
la duda está declarada.
¿No me dijo, "Si apeteces
mi amistad y fiel te llamas,
has de aborrecer lo que amas,
y amar a lo que aborreces"?
¿No me dijo, "Si esto entiendes
verás, cuando lo prosigas,
que ofendiéndome me obliqas,
y obligándome me ofendes."
¿Que tercie no me ha pedido

por él, solicitador
de un amor que no es amor,
de un olvido sin olvido?
Luego, fingiendo olvidar
lo que más éstima y precia,
me obliga a que hable a Lucrecia
por él. ¡Extraño obligar!
Mas ¿qué he de hacer? Ya le di
palabra de obedecerle;
amigo fiel he de serle
pues ya se lo prometí.
A esto es bien que se sujete
quien cohechos admitió
e ignorante, como yo,
lo que no sabe promete.
No me está mal que dé celos
a Lucrecia, que en el conde
divertida corresponde
mal a mis firmes desvelos.
No la ama Alfonso si bien
disimula que la adora.
Si él finge que la enamora,
finjamos acá también
y, andando amor por extremos,
nuestras palabras cumplamos
porque los dos pretendamos
lo mismo que aborrecemos.

Vase ASCANIO. Salen SERAFINA y LUCRECIA

LUCRECIA: Conntenta te visito
en fe de que te debo hoy infinito.
¡Ay, bella Serafina!
Amor correspondido desatina
de gusto si, agraviado,
locuras suele tratar desesperado.
Si al conde Alfonso amaras,
¡qué de esperanzas verdes marchitaras
y porque le aborreces,
¡qué de favores en mi dicha creces!
De verme agora acaba
tan amoroso que me deja esclava.
Si tu amante primero,

con límite le quise, ya le quiero
tan sin él--no te espantes--
que quinta esencia soy de los amantes.
SERAFINA: Aplaudo tu ventura:
no es perfeto el amor que no es locura
y, tanto de él te toca,
que en vez de enamorada vienes loca.
Mi primo el conde es cuerdo;
en la elección con que pesares pierdo,
causados de porfías
opuestas siempre a incliniciones mías
doyte mil parabienes.
LUCRECIA: No eres mujer si envidia no me tienes;
que en nosotras da pena
voluntad despedida en casa ajena.
No la tengas tú de esto,
ni celos formes, ni el pesar molesto
de que Alfonso te olvide.
Llamas recuerde que el desdén despide;
prosigue en desprecialle
que mientras en tu agrado puerta no halle,
a mi fe agradecido,
ni temo celos, ni me asombra olvido.
SERAFINA: Cuando te sirva en eso,
no haré mucho si ves lo que profeso.
El darle pesadumbre
y que en mí es natural si no es costumbre,
aumentar sus enojos
porque su vista es fuga de mis ojos;
puesto que la experiencia
que hizo mi desdén en su paciencia
halla--y otros lo afirman--
que sequedades el amor confirman,
y al revés, los favores
entibian gustos desmayando amores.
LUCRECIA: Es verdad. Si no es necio
el retiro ni pára en menosprecio
porque éste, en vez de daños,
entre venganzas logra desengaños.
Amor que se cultiva
imita al hortolano que derriba
de las plantas que poda
ramas supérfluas, no la cepa toda.

Quien ve en el mayo bello
poblar el árbol arrogante el cuello
y de yemas paridas
pulular sus criaturas presumidas
que, llenas de arrogancia,
le chupan en pimpollos la sustancia;
y quien ve al hortolano
con riguroso acero y tosca mano
cortar cogollos tiernos
que se soñaban en el tronco eternos,
juzgará, si no es sabio,
que en vez de beneficios le hace agravio,
pero verá el prudente
que en fe de conservar lo suficiente
lo que es superfluo arroja
y por vestirle más, más le despoja;
pero de suerte puede
podarle el labrador, que seco quede.
Así en el amor pasa,
que presunciones hortolano tasa
y, tal vez, sus favores
desdeñoso limita, y corta flores;
mas no ha de ser de modo
que por mucho cortar lo pierda todo.
SERAFINA: ¡Qué diestra en hortalizas
ejemplos estudiosa alegorizas!
Como el conde me enfada,
cortar que no podar su amor me agrada.
Deseo que se seque,
y así no es mucho que instrumentos trueque
y, en vez de podar ramas,
derribe el tronco y amortigüe llamas.
¡Plegue a Dios, ya que en flores
su abril te alegra, que al coger no llores
frutos que me apercíbe!
Que aunque seco le juzgas, por mí vive
y, encubriendo congojas,
por darme el fruto a mí, te paga en hojas.
LUCRECIA: ¿Tan en poco me tienes
que con favores yo, tú con desdenes,
no sabré trasplantarle
de tu amor a tu olvido, y regalarle
de modo que en desprecios

rinda tributos a desdenes necios?
Pues yo te certifico
que si pobre en tu amor y en mi fe rico,
--porque vaya adelante
en metáfora de árbol nuestro amante--
tan agrio le crïabas
con el desdén que a su lealtad mostrabas,
ya que a mi amor mudado
mi posesión le goza trasplantado,
de tu agrio riguroso,
y mi favor tratable y amoroso
salga--tenlo por cierto--
porque me envidies, tan sabroso enjetro,
que agridulce, condesa,
desabrida sin él juzgues tu mesa.

Sale PORTILLO, y habla a LUCRECIA

PORTILLO: El conde, en vuestra casa,
esperándoos, instantes mide y tasa
por siglos. Id, señora;
que Amor, que es niño, sin el ama llora.
Dadle el pecho al chiquillo
y entradle a ver por mí; que soy Portillo.
LUCRECIA: Ya va echando raíces
el árbol aunque más le esterilices.
Serafina, ten cuenta
del modo que en mi empleo se acrecienta.
Verás que en tu hermosura
sabe poco tu amor de agricultura.

Vase LUCRECIA y hace que se va PORTILLO

SERAFINA: ¡Hola; no os vais vos! ¿Oís?
Hola.
PORTILLO: ¿Soy yo el oleado?
SERAFINA: Escuchad.
PORTILLO: Voy a un recado.
SERAFINA: ¿Que os llamo yo no advertís?
PORTILLO: Esperando mi amo está.
SERAFINA: ¿Hay mayor descortesía?
PORTILLO: Perdone vuseñoría;
que no somos de acá ya.

Las que a los amos desprecian
a los mozos descaminan.
Si aquí nos deserafinan,
sepa que allá nos lucrecian.
Mandar puede a sus crïados,
no a los que no la servimos.

Quiere irse PORTILLO

SERAFINA: ¡Hola, oíd!
PORTILLO: Convalecimos
si estábamos oleados.
Menos holas; más respeto;
que ya pasaron los díals
que estábamos en Olías.
Mi señor es ya discreto.
Con desdén desdenes paga
y premia amor con amor;
yo sigo en esto su humor.
Soy Portillo y él Gonzaga.
Toda presunción es necia
y, como Portillo soy,
cerrado a vusía estoy
y abierto para Lucrecia.
Perdone.
SERAFINA: Pues, ¿sabes vos
que la quiere mucho?
PORTILLO: Mucho.
Desde ayer acá le escucho
extrañas cosas, ¡por Dios!
SERAFINA: Pues ¿tanto priváis con él?
PORTILLO: Como en su servicio estoy,
mozo de cámara soy
y medro por cuerdo y fiel.
De cámara en camarada
mudo el nombre y privo ya,
pues ya ve cuán cerca está
la cámara de privada.
Anoche le escuché a solas
decir, "Pues que Serafina
olvidarme determina,
excusemos carambolas
y en Lucrecia gustos labren

firmezas que amor destierra.
Donde una puerta se cierra,
muchas dicen que se abren.
Pagar quiero su afición;
que es bella moza y, en fin,
Serafina será fin
de mi necia pretensión."
Llamóme, y dijo, "Portillo,
¿qué te parece Lucrecia?"
Respondíle, "Moza es, recia.
Ayer la vi el colodrillo
que el mundo llama tozuelo
y--¡vive Dios!--que me agrada
del cogote a la papada.
Ablande este caramelo
durezas serafininas,
si bien la condesa es tal,
que no has de hallar otra igual
a sus partes peregrinas."
Airóse y díjome, "¡Cómo,
pícaro! Pues ¿no es primero
Lucrecia?" Asió el candelero,
y asentómele en el lomo
como si fuera ventosa.
Apagósenos la vela;
volvíla a tomar, sopléla,
y encendíla, que fué cosa
que erizándole el cabello,
me dijo, "Pues ¿tú la enciendes?"
Y respondí, "Luego ¿entiendes
que Portillo no es doncello?"
Replicóme, "Al mayordomo
di que saque una librea
que de las colores sea
de Lucrecia." Yo que el lomo
llevaba medio entumido,
luego le sentí aliviado;
que en dolores de crïado
es gran récipe un vestido.
Fuíselo a notificar
y, cuando le volví a ver,
"Sola Lucrecia ha de ser,"
dijo, "quien me ha de sanar."

Trayéndole un labrador
un braco de mucho precio,
dijo, "Llámenle Lucrecio."
Envióle el emperador
un papagayo y a un paje
que le enseñase mandó
a hablar; pero le advirtió
que no fuese otro el lenguaje
sino esta palabra sola
en quien su venganza estriba,
"Lucrecia, nuestra ama, viva;
cola, Serafina, cola."
Enójase con Tarquino
porque a Lucrecia obligó
a matarse, y hoy salió
a ser de un niño padrino,
y antes que le remojase
en el agua santa el cura,
ordenó que la criatura
don Lucrecio se llamase.
Colegid de aquesto vos
el fin de vuestros desprecios
pues nos vuelven en Lucrecios
de Serafinos; y adiós.

Vase PORTILLO

SERAFINA: El conde cumple fielmente
cuanto mi amor le ordenó;
mas no le quisiera yo
tan puntüal obediente.
Que pensamientos aliente
en Lucrecia, cuando ensaya
ya burlas, ya veras, vaya;
pero que de su afición
se ofenda mi estimación,
no, amor, que es pasar de raya.
Para quererle yo bien,
tan incapaz el gusto hallo
que sólo de imaginallo,
vuelve a nacer mi desdén;
pero que con él me den
su dama y el crïado necio

pesadumbre, es caso recio.
¿Una ciega, el otro loco?
Ni tanto, Amor, ni tan poco;
olvido sí, no desprecio.
Coheche ajenas caricias
el conde; desembarace
alma que en Lucrecia enlace
y venga a pedirme albricias;
mas pretender que malicias
pena entre celos me den,
¡eso no! Mírelo bien;
que, para perder el seso,
soy mujer, y en dando en eso,
¡a fe que le quiera bien!

Sale ARNESTO

ARNESTO: El emperador, señora,
por el conde importunado,
os restituye en su estado;
mas con condición que agora
vais a palacio y le deis
de esposa a Ascanio la mano.
SERAFINA: ¿A quién?
ARNESTO: Con vos más humano
de lo que vos pretendéis,
sabiendo que a Ascamio amáis,
a vuestro amor le ha dispuesto
con que no os será molesto
el conde que desdeñáis.
SERAFINA: Pues, ¿Ascanio viene en eso?
ARNESTO: Hízole el emperador
de Milán gobernador;
pierde por Lucrecia el seso
Alfonso; y ella que estima
más que vos cumplir el gusto
del intercesor augusto
desdenes a Ascanio intima
y, en el conde trasformada,
desposorios apresura.
SERAFINA: Débole yo mi ventura
al César si ejecutada
esa traza, el conde deja

de conquistar mi rigor.
ARNESTO: Estad cierta que su amor
memorias vuestras despeja
del alma, que ocupa toda
en Lucrecla.
SERAFINA: ¿Tan aprisa?
ARNESTO: Vuestro consejo le avisa
pues dice que de esta boda
sois vos la casamentera.
SERAFINA: ¡Yo! ¿Cómo o cuándo?
ARNESTO: No sé;
pero él afirma que fue
vuestra toda esta quimera
porque le habéis persuadido
que a Ascanio obligue por vos.
A desposaros los dos
y en Lpcrecéa divertido,
ensaye nuevos amores;
que se haga más desear,
pues celos suelen causar
apetitos en rigores.
Fue vuestro consejo el ayo
que sus acciones guió;
su amor con ella ensayó
y quedóse en l ensayo.
Lo que me han mandado, os dejo
dicho: si es premio o castigo,
vedlo; que del enemigo,
señora, el primer consejo.

Vase ARNESTO

SERAFINA: Todos se burlan de mí,
el conde, el emperador.
...Lucrecia, que es lo peor.
¡Provechosa traza di!
Pero si a Alfonso aborrezco
y de él ansí me aseguro,
si amante a Ascanio procuro
y me dan lo que apetezco,
¿qué envidia es la que me abrasa?
¡Mas trueca Amor su veneno!
Mírole al conde ya ajeno

y a Ascanio que se entra en casa,
y en países que se mercan,
los más vistosos bosquejos
enamoran desde lejos,
y enfadan cuando se acercan.
¿Qué remedio? A ver iré
el fin de esto. Amor tirano,
de seda he sido el gusano
pues mi sepulcro labré.

Vase SERAFINA. Salen FEDERICO y ALFONSO

FEDERICO: No puedo yo creer que antiguo amante
a Serafina hayáis aborrecido
tan presto. Amor bien puede en un instante
introducirse, conde, mas no olvido.
ALFONSO: Es un contrario de otro semejante
en toda actividad y así ha podido
gran señor, si el amor se engendra presto
engendrarse el olvido que es su opuesto.
La medicina, que imitar procura
el amor ha enseñado al escarmiento;
que si cuando la ardiente calentura
llega al último punto de su aumento,
se echa a pechos un golpe de agua, cura
de tal manera su calor violento;
que sin que vuelva, como coge unidas
sus fuerzas, de una vez quedan vencidas.
Creció mi amor hasta su punto activo
dióme a beber de un golpe el desengaño,
agua de agravios que en desdén esquivo
me dio salud, y aniquiló mi daño.
FEDERICO: Para escuelas guardad ponderativo,
conde, eee ejemplo si seguro, extraño;
que el amor y el desprecio aborrecible
no consisten en punto indivisible.
Por darme gusto a mí, disimulado,
fingís olvidos que, aumentando enojos,
imitarán el fuego que encerrado
reventará después por boca y ojos.
Vuestra lealtad de suerte me ha obligado
que, a pesar de los bárbaros antojos
de la condesa, ingrata a vuestro gusto

o os ha de amar, o no he de ser yo augusto.
ALFONSO: Gran señor, vive el cielo que aunque fuera
suficiente ocasión para olvidarla
el mandármelo vos en cuya esfera,
como mi fe, mi vida se avasalla;
otra, si no mayor, tan verdadera
me necesita a que con despreciarla,
en Lucrecia mejore mis desvelos.
FEDERICO: Intentaréis con ella darla celos.
ALFONSO: No es sujeto de celos Serafina.
FEDERICO: Ahora bien, yo le he dado a vuestra instancia
vuestros estados todos. Pues se inclina
a Ascanio, sea su esposa.
ALFONSO: Es de importancia,
si Ascanio obedeceros determina,
para que escarmentada en su inconstancia,
Lucrecia le aborrezca y en su olvido
premie el amor que la he sustitüido.
FEDERICO: Que de veras, Alfonso; ¿tendréis gusto
en que le dos se casen?
ALFONSO: Lo deseo
infinito, señor.
FEDERICO: Pues, yo me ajusto
al vuestro aunque lo escucho y no lo creo.
Conde, este ciego dios, tirano injusto
que no estima vitorias si el trofeo
no establece en humanas monarquías,
desorden es de las pasiones mías.
Yo adoro a Serafina.
ALFONSO: ¡Señor! ¿Cómo?
¡La sacra majestad...!
FEDERICO: No hay majestades
contra flechas que, armadas de oro y plomo,
coronas pisan, postran dignidades.
Yo, que rebeldes venzo, reyes domo,
sujeto aquesta vez a livindades
humanas que este incendio desatina,
porque os desdeña, adoro a Serafina.
Turbado estáis. ¡Qué mal encubren celos
fingimientos ocultos! Resistido
he yo a lo menos cuerdo mis desvelos,
señal que para más que vos he sido
mientras dábades quejas a los cielos,

ella adorada y vos aborrecido,
sintiendo vuestra pena y su porfía
lo que culpaba en ella, agradecía;
mas ya que, aunque fingido, habéis mostrado
que os es aborrecible su presencia,
y yo en fe de esto os he comunicado
secretos que encerraba la prudencia,
perdonaréis mi amor que, publicado,
volver atrás en mí será indecencia
indigna del valor que César sigo
y en mi disculpa lo que en vos castigo.
ALFONSO: Señor, mi turbación no nace de eso.
Es Ascanio mi amigo.
FEDERICO: Pues ¿qué importa?
ALFONSO: De sus honras o agravios intereso
lo mismo que él. Si vuestra alteza corta
el hilo a su esperanza y este exceso,
venciéndose a sí mesmo, no reporta,
¿De qué se espanta que me turbe y sienta
dividida en mí y él tan grande afrenta?
FEDERICO: Yo soy vuestro señor si él vuestro amigo.
Ved a quien debéis más. Conde, seguro
pretendo estar de vos; no uséis conmigo
cautelas que celoso conjeturo.
Si a la condesa amáis, sois mi enemigo;
y si la aborrecéis, saber procuro
de qué suerte en presencia de Lucrecia
el desdén que mostráis la menosprecia.
Aquí vendrán las dos, y yo escuchando
oculto lo que pasa, ver espero:
amoroso con ésta, tierno y blando,
cómo sabéis con la otra ser severo.
Decidla sequedades; yo os lo mando.
Por mí no reparéis en ser grosero
con damas esta vez; pues de otro modo
sospecharé que me engañáis en todo.
¿No respondéis?
ALFONSO: ¿Qué hay que esperar respuesta
de quien sirviéndole siempre os fue obediente?
Yo haré cuanto mandáis.
FEDERICO: Sacadme de esta
sospecha, y con estado suficiente
haré vuestra ventura manifiesta

sin que vuestra privanza que en creciente
mudanzas del rigor la hagan menguante.

Vase FEDERICO

ALFONSO: Agora sí, ingratos cielos
que, apretando los cordeles
por mostraros más crüeles,
celos guarnecéis con celos;
agora sí, mis desvelos
que multiplicáis rigores;
agora sí, mis temores
que añadir males a males,
primero celos iguales,
ya celos emperadores;
ea, cumplamos agora
preceptos de Serafina,
del César que se le inclina,
de mi suerte burladora.
Mientras mi mal empeora,
amor fingido mostremos,
alma, a quien aborrecemos
y ofendiendo a quien amamos,
obedientes padezcamos
porque a ingratos contentemos.
Que oprobios descortés diga
a la condesa, el augusto
me manda; y contra mi gusto
al mismo rigor me obliga
mi cautelosa enemiga.
¿Quién--¡cielos!--jamás pensara
que a tal extremo llegara
mi suerte que en tal quimera
con amores ofendiera,
con ofensas obligara?
Puedo injuriando vengarme
y, en vez de satisfacerme,
será el vengarme perderme
y el castigar castigarme.
Llegan los dos a mandarme
lo que pudiera ofenderlos;
y cuando el satisfacerlos
me está bien, por desabrirlos

me despeño en deservirlos;
me mato en obedecerlos.

¡Qué he de hacer?

Sale PORTILLO

PORTILLO: La tal condesa
que después que nos mudamos,
como nos entarimamos
nos atisba menos tiesa,
me embilletó para tí.

Dale un papel

En lo que escribe repara
y, si acaso se azucara,
que no comes dulces di.
ALFONSO: ¡Papel agora! Pues bien,
¿qué nos querrá la condesa?
PORTILLO: Bobuna pregunta es ésa.
Respuesta de ella te den
letras de ese papelón;
que pareces...
ALFONSO: Bueno está.
PORTILLO: ...al que, cuando el reloj da,
pregunta, ¿las cuántas son?

Lee

ALFONSO: *Lucecia, mi coadjutora, en mi nombre sustituída, o necia o desvanecida, es mi menospreciadora. Ella y yo iremos agora a palacio, e importará, si pena mi agravio os da que, mientras que esté delante, os preciéis de muy mi amante; que en esto la honra me va. Decidme muchas ternezas y haced de ella poco caso; que injurias que por vos paso se han de pagar con finezas. Halle en vuestras asperezas desengaño manifiesto quien soberbia se me ha opuesto. No os digo más, conde, adiós; que para cumplirlo vos, basta que yo guste de esto.*

PORTILLO: ¡Bueno! ¿Qué alcalde de corte
nos pudiera mandar más?
¡Vive Dios, que si la das
gusto... ¡Gentil pasaporte!

ALFONSO: Déjame, Portillo, salte
allá fuera.
PORTILLO: Sálgase ella
del mundo; que no hará mella
en Milán, cuando nos falte.
ALFONSO: Ea pues, no seas molesto.
PORTILLO: Pues dejémosla los dos;
que para que lo hagáis vos,
basta que yo guste de esto.

Vase hacia la puerta PORTILLO

ALFONSO: ¿Que esté tan apoderada
esta tirana de mí,
cielos, que me trate ansí?

Asomándose a la puerta

PORTILLO: ¡Es una desvergouaada!
ALFONSO: Bárbaro! ¡Viven los cielos!
¿Tú te atreves...?
PORTILLO: Soy Portillo;
no puedo, señor, sufrillo.
¿Sin amor pedimos celos?
¿Gullorías en bisiesto?
ALFONSO: Si no te vas, vive Dios...
PORTILLO: Que para enojaros vos,
basta que yo guste de esto.

Vase PORTILLO

ALFONSO: Ya ¿de qué sirve, tormentos,
mi sufrir y padecer?
¿De qué importancia ha de ser,
sin premios merecimientos?
¿No ha de ser de Ascanio esposa?
¿No la ama el emperador?
¿No es ya imposible mi amor?
Mi muerte, ¿no es ya forzosa?
Pues dar contento al augusto
y a mis agravios venganza;
donde murió la esperanza,
mueran las leyes del gusto.

Vive Dios, que he de pagar
con desprecios su desdén.
Fingiré que quiero bien
a quien comienza a envidiar.
Diréle a sus mismos ojos
mil caricias, mi; amores;
que en cambio de disfavores
no es mucho feriarla enojos
y si muriese ofendido,
vengaréme de esta suerte;
que quien muere dando muerte
si no vence, no es vencido.

Vase ALFONSO. Salen SERAFINA y ASCANIO

SERAFINA: Tengo yo mil razones,
Ascanio, para ofenderme
cuando pensáis convencerme
de amantes obligaciones.
Deseábaos yo mi amante
porque de mí presumía
que para amarme tenía
prendas de caudal bastante.
Amáisme por vuestro amigo
en fe de que os ha obligado
y no es bien que ejecutado,
os desempeñéis conmigo.
Ved cuán justamente dudo,
agraviada de los dos,
pues puede el conde con vos,
lo que mi amor nunca pudo.
Desvelos del gusto tiernos
encienden perfetas llamas;
vos dais a cambios las damas
trocándolas por gobiernos;
y temo, siendo esto ansí,
que si mi amor no os desprecia,
lo que hoy hacéis de Lucrecia,
haréis mañana de mí.
Ése, Ascanio, es desvarío.
¡Bueno es, si os desafió
el conde, que quede yo
por premio del desafío

y que en tan grosero alarde,
hallando infame salida,
deis la dama por la vida,
y os quiera yo por cobarde!
Andad, Ascanio, con Dios.
ASCANIO: Diéraos yo satisfacciones
si convencieran razones
la poca que he visto en vos.
Creed que honrados respetos
me han obligado confuso
a lo mismo que rehuso,
y que a declarar secretos
--que es bien que el alma los guarde--
quedárades persuadida
a que sois desvanecida
harto más que yo cobarde.
Una cosa sola os digo,
y está aquí para los dos:
que a admitir mi oferta vos,
me diérades más castigo
que el que entendéis que me dais
cuando burla de mí hacéis
porque vos no merecéis
las prendas que en mí agraviáis.

Vase ASCANIO. Salen ALFONSO y LUCRECIA. ALFONSO habla a LUCRECIA cerca de la puerta sin reparar en SERAFINA

ALFONSO: No pudiera otra que vos,
señora, sacar del alma
memorias, que por antiguas
conservé inmortalizadas.
Como quien de las mazmorras
el triste esclavo rescata,
os debo miéntras viviere
reconocimiento y gracias.
Mi restauradora fuistes
si bien diré que me sacan
de una prisión por prenderme
en otra no tan tirana
pero no menos estrecha.
LUCRECIA: Alfonso, como palabras
no corran en vos al uso,

y en obras se satisfagan,
yo quedaré tan contenta
que deberé a mis mudanzas
reconocimientos justos
y de memorias contrarias
sabrán hechizos de Amor
sacar olvidos que os hagan
agradecido a mi fe
y os den de agravios venganzas.
ALFONSO: Solo en vos mi amor empleo.

Sale ARNESTO y habla aparte con ALFONSO

ARNESTO: Alfonso, el César me manda
advertiros que allí oculto,
lo que os ha ordenado aguarda.
ALFONSO: Que lo cumplo responded.

Vase ARNESTO

(¡Cielos! Allí está mi ingrata. **Aparte**
Satisfaced con desdenes
las ofensas que me abrasan.)

A ALFONSO aparte

SERAFINA: Conde, quien amó de veras
en las ocasiones arduas,
olvidando ingratitudes
cumple leyes de su dama.
Mirad que estoy yo presente.
ALFONSO: (Agora es tiempo, venganzas, **Aparte**
que castiguéis presunciones.
Pues con Ascanio se casa
y el emperador la adora,
voluntad menospreciada,
llegad y decidla oprobios.
Mataremos pues nos matan.)

A ella

Verdugo de mis deseos,
cuando los desdenes pasan

a desengaños...

Clava la vista en ella y túrbase

(¿Qué importa **Aparte**
que pasen mientras repasan
rayos de esa luz, divinos,
pensamientos que restauran
y, en viéndoos, rigores vuestros
juzgan bienaventuranzas?)
Digo...(¡Ay, cielos! ¡Que la adoro!) **Aparte**
...digo que el César me manda...
Miento; que no tiene el César
jurisdicción en las almas.
Lucrecia, grata a mi amor...
(Mas ¿qué importa que sea grata **Aparte**
si os adoro?) Os aborrezco.

Muy turbado

Iba a decir...La acompañan
tantas prendas de hermosura...
No, señora, no son tantas
como las que en vos me hechizan...
(¡Ay, contradiciones vanas!) **Aparte**
Es tan bella... No es tan bella
como voz.

Van saliendo FEDERICO y ARNESTO a espaldas de los dos en frente de ALFONSO

ALFONSO: Y en fin, que salga
o no el César; que se enoje,
o se alegre, que deshaga
en mí el disfavor su hechura ....
Pero aquí, condesa amada,
¿qué tiene que ver el César?
Mas sí tiene pues os ama.
Pero tenga o no, yo os quiero
desengañar.

Dirigiéndose a FEDERICO que todavía está retirado, y que a la primera palabra de ALFONSO, le hace una señal amenazadora

Ya se acaban
de declarar, gran señor,
Mis agravios. (¡Me amenaza! **Aparte**
No hay por qué; ya le obedezco.)
Digo... que os quiero--privanzas,
adiós--que os quiero, en efeto;
os quiero más que a mi alma.

Vase ALFONSO

FEDERICO: Prended aquel desleal,
Arnesto; ponedle guardas.
Prended también la condesa.
SERAFINA: ¿Pues yo, señor...?
FEDERICO: Vos sois causa
del desacato presente.
Tengan por cárcel sus casas;
que mi rigor hará cuerdos
locos que mi gusto agravian.

Vanse FEDERICO y ARNESTO

SERAFINA: Presa voy; mas vencedora.
Lucrecia, poco se arraigan
frutales en tierra ajena
porque, en fin, es su madrastra.
Aprende otra agricultura.

Vase SERAFINA

LUCRECIA: Corrida estoy. Confïanzas,
obligar amor con celos
es crïar silvestres plantas.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

Salen ASCANIO y FEDERICO

ASCANIO: Preso queda en Montflorel,
de doce archeros guardado,
sin permitir que un crïado
siquiera quede con él.
Sola una legua de aquí
dista aquesta fortaleza.
FEDERICO: ¿Y muestra el conde tristeza?
ASCANIO: Podréte afirmar que vi,
a vuestra alteza, señales
en su rostro de valor
humilde, pues ni el temor,
que con disfavores reales
suele afeminar sujetos,
descompuso su semblante
ni, temerario arrogante,
atropellando respetos
destempló la autoridad
que siempre en él conocimos.
FEDERICO: ¿Qué dijo?
ASCANIO: Sólo le oímos
decir, "De su majestad
desgraciada hechura soy.
Pues de esto se satisfizo,
¿qué importa si ayer me hizo
que a deshacerme vuelva hoy?
Del mismo modo en su casa
está, señor, la condesa
contenta, puesto que presa.
FEDERICO: ¿Contenta? ¿De qué?
ASCANIO: Le pasa
por el pensamiento que es
cuidado de tus desvelos
y que la prendes por celos
del conde, y este interés
la desvanece.
FEDERICO: Sí hará.
Mas ¿de qué lo conjetura?
ASCANIO: Es soberbia la hermosura.

Como el conde preso está
porque en su amor permanece
prométela su ambición
triunfos de tu inclinación
y con ellos se enloquece.
FEDERICO: Ahora bien, Ascanio, vos
sucedéis en el lugar
del conde y quiero mostrar
que soy César con los dos.
Con él dándole castigo,
con vos servicios premiando
porque rebeldes postrando,
leales priven conmigo.
Los titulos que le di,
los cargos que administró,
los estados que heredó
y en feudo vuelven a mí,
son vuestros, de ellos os hago
merced.
ASCANIO: Y yo, gran señor,
por tan augusto favor,
con los labios satisfago
mi dicha, que en estos pies,
sellándolos, la sublimo.
Serviros es lo que estimo
y mi honor, señor, después.
De Alfonso, a cuya amistad
debo toda mi ventura,
soy agradecida hechura.
Vuestra sacra majestad
a su instancia me admitió
en su cámara y servicio;
gracias pide el beneficio,
gran señor, que agravios no.
Si este puesto he merecido,
alcance yo fama igual
con vos de fiel y leal
y con él de agradecido.
No murmuren desbocados
que, cuando por él poseo
el estado en que me veo,
le quito yo sus estados.
Amigos somos los dos;

yo sé que cuanto más fiel
me halléis, gran señor, con él
tendré más lugar con vos
y que vuestra majestad
mientras no le sirvo en esto
en mayor crédito ha puesto
la opinión de mi lealtad;
cuanto y más que el conde ha sido
tan fiel, que por él responde...
FEDERICO: No me roguéis por el conde
cuando con él ofendido
castigo su ingratitud.
Ascanio, haced lo que os digo.
ASCANIO: Con vos fiel, con él amigo,
volviera por la virtud
que de él publica la fama
si indignaros no temiera.
FEDERICO: ¿Es virtud que el conde quiera
y solicite a mi dama
y, habiéndole yo mandado
que dé la mano a Lucrecia
cuando por mí le desprecia
Serafina, deslumbrado
por su rebelde esperanza,
me ofende competidor?
ASCANIO: Luego, ¿es cierta, gran señor,
la amorosa confianza
que en vos tiene Serafina?
FEDERICO: Tanto como el desacato
que culpo en el conde ingrato.
ASCANIO: ¿Y él lo sabe?
FEDERICO: Y determina
perseverar en amarla.
ASCANIO: Pintan con facilidad
apariencias de verdad
los celos para ofuscarla.
Mire, señor, vuestra alteza
que me ha persuadido a mí
que la sirva porque ansí,
o por probar su firmeza,
o por ser mudable en todo,
se lo mandó Serafina.
Pues si a su gusto se inclina

el conde Alfonso de modo
que contra su mismo amor
sus pesares solicita,
¿cómo creeré que compita
con vos el conde, señor?
FEDERICO: Esto es cierto; pero ¿amáis
vos, Ascanio, a la condesa?
ASCANIO: Forzado intenté esa empresa
si bien después que mostráis
cuidado en favorecerla,
aunque antes me quiso bien,
tratándome con desdén,
tengo ya que agradecerla.
FEDERICO: Pues, Ascanio, si os pidió
eso el conde--que lo dudo--
con él la condesa pudo
lo que no he podido yo.
Ella le bastó a obligar
que vuestro tercero fuese;
yo le mandé que sirviese
a Lucrecia por premiar
en los dos un mismo amor
y ansí en sus culpas excede
si una mujer con él puede
lo que no un emperador.
Yo tengo de desterrarle;
que ir contra mi voluntad
especie es de deslealtad
y vos habéis de beredarle
o seguiréis su fortuna.
ASCANIO: Señor, si el privar es cosa
de suyo tan peligrosa
como al sosiego importuna
y en el ejemplo presente
escarmientos solicito,
pues por tan leve delito
vos, César el más clemente,
despedía de vuestra gracia
a quien tanto habéis querido
antes que os haya ofendido.
Menor será mi desgracia
si al principio del servir
sus medras vengo a perder;

que poco teme el caer
el que comienza a subir.
Desinteresable sigo
la amistad que me ha obligado;
seré sin vos desdichado
mas no seré falso amigo.
Ni las envidias dirán
que la ambición me contrasta,
cuando...
FEDERICO: Basta, Ascanio, basta.
Salid luego de Milán.
ASCANIO: Siento el ver que os ofendéis
de mi lealtad, y Dios sabe...
FEDERICO: Dadme primero...
ASCANIO: La llave...
FEDERICO: ...los brazos que merecéis
por amigo incontrastable,
favorecido clemente,
desengañador prudente,
privado no interesable.
Pruebas hago de lealtades
que de este modo examinó
porque apartar determino
lisonjas de las verdades.
Vuestro proceder hidalgo
alabanzas os dé nuevas;
yo proseguiré estas pruebas
pues que de ellas tan bien salgo.
Ya no hay para qué encubriros,
cuerdas dislmulaciones.
No ocupo imaginaciones
de amor con que persuadiros
que celos de la condesa
tienen a Alfonso en prisión;
antes, que en tal opinión
me hayáis tenido, me pesa.
Quiero bien al conde, y siento
que después de tantos años
ni le curen desengaños
ni le enseñe el escarmiento
cuán mal se deja obligar
una mujer con servicios;
pues, en ellas, beneficios

son añadir agua al mar.
Parecióme que el respeto
y amor con que me asistió
siempre el conde, cuando yo
fingiese amarla en secreto,
a obligarle bastaría
para no la pretender,
y así el temor y el poder
combatieron su porfía.
Prometióme de olvidarla
dando la mano a Lucrecia;
mas toda promesa es necia,
de amor, al ejecutarla,
Mandéle que se mostrase
tan desdeñoso con ella
que el no dudar de ofendella
mis celos asegurase.
Ofreciólo y, en efeto,
apenas llegó a mirarla
cuando, por no disgustarla,
vino a perderme el respeto.
Sentílo como era justo,
si no celoso, indignado;
que es el conde mi crïado
y debiera hacer mi gusto
atropellando su amor;
pues, en fin, si imaginaba
que yo a Serafina amaba,
competir con su señor
ya veis si fue atrevimiento.
Por esto le hice prender.
Quise, Ascanio, después ver
que tan firme fundamento
en vos tiene su amistad;
y al cabo de pruebas, hallo
en vos amigo y vasallo
y en él amor y lealtad.
ASCANIO: Pues, gran señor, siendo ansí,
si como decís le amáis,
ya quea asegurado estáis
del conde Alfonso y de mí,
salga libre y el perdón
merezca quien vio delante

su dama y cortés y amante
obedeció a su afición.
FEDERICO: No, Ascanio; ya he comenzado
a hacer experiencias de él
y le hallo, puesto que fiel,
algo desacreditado.
De ayer con publicidad
preso, si hoy le libertase,
no es mucho que murmarase
Milán mi facilidad.
Saber pretendo, en efeto,
si a mis pruebas corresponde;
que, por lo que estimo al conde,
le deseo muy perfeto.
Codicioso de que en vos
he hallado un perfeto amigo,
mis experiencias prosigo.
Veamos si sois los dos
iguales en la lealtad
y hasta dónde la ley llega
de Alfonso.
ASCANIO: Por él os ruega
su inocencia y mi amistad
segura de lo que os ama,
pues es cosa conocida
que dará el conde la vlda
por vos.
FEDERICO: Sí, mas no la dama.
ASCANIO: Es de otro predicamento
eso aunque, si os importara,
yo sé que la desterrara
por vos de su pensamiento.
FEDERICO: Pues eso quiero probar.
ASCANIO: ¿De qué modo, gran señor?
FEDERICO: De su pertinaz amor
tengo de experimentar
la fineza y, juntamente,
los quilates de la fe
con que me sirve; saldré,
después que lo experimente
o con un vasallo a prueba
que nuestros siglos asombre,
cierto de que no hay hombre

que perseguido, se atreva
a permanecer leal.
ASCANIO: ¡Gusto extraño!
FEDERICO: ¡Y provechoso!
Si, saliendo victorioso,
confío de su caudal
el peso de mi corona.
En esto habéis de ayudarme.
ASCANIO: Bien podéis, señor, fiarme
pues vuestro favor me abona
lo que mandáis.
FEDERICO: El secreto
es lo primero.
ASCANIO: Y será
eterno en mí.
FEDERICO: No sabrá
por vos, siendo tan discreto,
el fin de esta pretensión
el conde.
ASCANIO: Aunque soy su amigo,
A ser fiel con vos me obligo.
FEDERICO: ésa es noble obligación.
Venid, pues, y os daré cuenta
de cosas que han de admiraros.
ASCANIO: Ya es delito el replicaros
PEDERICO: Mi porfía, Ascanio, intenta
que aborrezca a Serafina
el conde y le tenga amor
ella.
ASCANIO: Difícil, señor,
es la empresa.
FEDERICO: Así examina
los ánimos mi experiencia,
de un desdén siempre constante
y una voluntad amante,
igual a su resistencia.

Vanse FEDERICO y ASCANIO. Sale ALFONSO

ALFONSO: ¿Tan grande fue mi exceso,
tan pocos mis servicios,
la indignación de Federico tanta
que aborrecido y preso,

a vulgares jüicios
me exponga el César que su corte espanta?
¡Oh, adversidad que santa
en tí los desengaños
ojos abren al alma contra engaños,
que a prosperidad ciega y encanta!
¡Qué loco desvaría
quien de los hombres esperanzas fía!
No tiene coyunturas
el bruto corpulento
que en cándido marfil libró su estima
y ansí en las espesuras
para cobrar aliento,
no cama, un tronco escoge a que se arrima;
mas para que le oprima
el cazador le asierra;
recuéstase sobre él y, dando en tierra,
en lugar de aliviarle, le lástima.
Nunca me derribara
si al árbol del favor no me arrimara.
¡Ayer favorecido,
hoy preso, hoy sin estado!
¡Ayer causando envidia, hoy escarmiento!
¿Tan presto se ha ofendido?
¿Tan cerca está, cuidado,
la voluntad del aborrecimiento?
Múdase un elemento
en otro fácilmente;
región elementar llamó un prudente
al príncipe. ¡Qué bien lo experimento!
¡Oh, reales condiciones,
leves por peregrinas impresiones!
Mas sin razón me quejo,
y con ella el augusto
pretende castigar mi inadvertencia.
Desprecié su consejo,
ppúseme a su gusto,
solicité a quien ama en su presencia.
Quien hace competencia,
no a un César, al amante menos noble
venganza alienta doble.
Yo mismo contra mí me doy sentencia.
Yo mismo, mi enemigo,

pronuncio en mis disculpas mi castigo.

Sale PORTILLO, de carbonero

PORTILLO: ¡Diz que no le había de ver!
¡Señor de mi corazón!
ALFONSO: ¡Portillo! ¿qué es esto?
PORTILLO: Son
industrias que sabe hacer
el amor con que te pago
las mercedes que te debo.
Muchas cosas hay de nuevo;
la privanza pisa en vago.
Vedáronme el asistirte
en la prisión envidiosos
que, en tu daño poderosos,
no cesan de perseguirte;
mas yo que vivir no quiero
sin tí--española lealtad--
busqué en la necesidad
ardides; y carbonero,
no propietario, de anillo,
tres rusticos soborné
y en su compañía entré
cargado en este castillo
de una sera de carbón.
Dejéla al primer zaguán
y de desván en desván
en busca de tu prisión
topo con una azotea.
Suspiros abajo siento.
Dije, "Aquí es el prendimiento."
Encuentro una chimenea,
subo encima, y atisbando,
te escuché, aunque no te vi,
querellas que no entendí.
Yo, entonces, desañudando
dos lías para el efeto
apercebidos, las ato
al cañón y en breve rato,
como tuétano me meto
por la negra cerbatana
hecho un tizne volatín.

Nevaban copos de hollín
hasta que en la losa llana
hago pie y, por los tapices
tentando, contigo he dado
donde haz cuenta que he bajado,
señor, por unas narices.
ALFONSO: ¡Ah, Portillo! En esto paran
prosperidades del suelo.
PORTILLO: Ése, tu Ascanio, recelo,
según algunos reparan,
que fue cuervo que crïaste
para sacarnos los ojos.
Nunca el César tuvo enojos
contigo, si lo notaste,
hasta que le introdujiste
en esta negra privanza.
ALFONSO: No desdores la alabanza
que en su amistad siempre viste.
PORTILLO: No haré; mas cosa es sabida
si ejemplos he de alear,
que el que comienza a privar
juega a salga la panida.
De tu prisión se ha encargado;
gobierna la imperial casa;
todo por su mano pasa;
que te sirva me ha vedado;
ya nos mira con capote
y, a quien las manos le besa,
habla una palabra, y ésa
al soslayo de un bigote.
ALFONSO: ¿Qué dice Milán de mí?
PORTILLO: Lo que en tales novedades
acostumbren necedades
plebeyas. Anoche oí
Tres o cuatro que a una esquina
sobre tu prisión echaban
jüicios, y me causaban
a un tiempo risa y mohina.
Uno dijo, "Yo he sabido
de persona muy de allá
cuán culpado el conde está
y que alzarse ha pretendido
con Milán y Lombardía

matando al emperador;
que, como sin sucesor
murió Filipo María
s duque y vuelve el derecho
al imperio, por llamarse
duque, quso despeñarse."
"No es eso, a lo que sospecho;"
dijo otro, "yo me he informado
que ha un año que con el conde
el turco se corresponde
Y que esperanzas le ha dado
de entregarle a toda Hungría."
ALFONSO: ¡Jesús! ¡Qué temeridad!
PORTILLO: "Que como de poca edad
a su rey Ladislao cría
el César en su poder,
darle muerte es fácil cosa."
"Esa fama es mentirosa;"
dijo el tercero, "a mi ver,
no es sino porque intentaba
con su hermana la princesa
casarse, y en esta empresa,
robándola, imaginaba
pasarse a Grecia con ella."
Dijo otro, "¡Ésa es gran locura!"
"Quien a mí me lo asegura,"
respondió, "lo supo de ella."
"No hay tal." "Sí, hay tal." "Es mentira."
"Quien miente, miente; yo no."
En esto desenvainó
espadas el vino e ira;
que uno y otro anduvo igual
porque el vino y los aceros
miéntras se están en los cueros,
en su vida hicieron mal;
mas saliendo--es cosa llana
que luego ha haber peleona--
asomóse una fregona
a este tiempo a la ventana
y, andando todo confuso,
la mano de un almirez
tras un "agua va" fue juez
que en paz a todos los puso.

ALFONSO: ¡Buena anda, honor, vuestra fama!
¡Buena, cielos, mi opinión!

Sale ASCANIO

ASCANIO: Conde, los que amigos son...
PORTILLO: (Escóndome tras la cama.) **Aparte**
ASCANIO: ¿Qué es esto? ¿Quién está aquí?
PORTILLO: (Vióme. ¡Par Diós, de esta vez **Aparte**
hay gargarismo de nuez!)
ASCANIO: ¿No respondéis?
PORTILLO; Señor, sí.
ASCANIO: ¿Quién sois vos?
PORTILLO: ¡Lo que vosea!
Novicio soy carbonero.
ASCANIO: ¿Quién?
PORTILLO: Decendiente primero
soy de aquesa chimenea.
Deseos de mi señor
me descolgaron abajo.
Vendo carbón a destajo.
Perdóneseme este error;
que no ha podido ser menos
aunque, mientras que lo trata,
más vale salta de mata.
Pardiós, que riego de buenos.

Vase PORTILLO

ASCANIO: Conde, ¿así el orden se guarda
del emperador?
ALFONSO: ¿En qué
sus órdenes quebranté
si preso y con tanta guaeda,
el fiel reconocimiento
de en criado aventiró
su vida, y a verme entró
no con mi consentimieto?
Amigo Ascanio, dejad
que logre un crïado mío
lealtades; cuando los fío
de vuestra noble amistad;
que atrevimientos de amor

no son dignos de castigo.
Decid, ¿cómo está conmigo
Federico, mi señor?
Que trayéndoos a su lado,
ya su enojo habrá tenido
fin y habiendo intercedido
por mí vos tan su privado,
claro está que envía a sacarme
de la prrisión; claro está
que el César os mandará
a su presencia llevarme.
¡Qué buen apoyo dejé
en mi adversidad con vos!
¿Calláis? Habladme, por Dios.
ASCANIO: Alfonso, sólo os diré
que paga mal la condesa
finezas de vuestro amor
por ella. El emperador
--sabe Dios lo que me pesa
decíroslo--está dispuesto...
Fáltame el ánimo, conde.
Mi turbación os responde.
Riesgo corréis manifiesto.
Confïad de mí; que os precia
de suerte mi voluntad
que si por vuestra amistad
de servir dejé a Lucrecia,
dejara agora el favor
del César que por vos gozo,
por impedir el destrozo
que amenaza vuestro honor.
No es la muerte el mayor mal
para quien valor profesa;
peor es que la condesa
prueba que sois desleal
con papeles y testigos.
Lucrecia, que fiel os ama
vuestra vida y vuestra fama
contra envidias y enemigos,
defender de modo intenta
que alegando lo que os debo,
por mandármelo, me atrevo
a dar de mí mala cuenta.

Pero en fin por ella y vos,
mi dama ella, vos mi amigo,
el orden que me dio sigo,
obligado de los dos.
Confuso estáis. No me espanto,
mas esta llave y papel
os aconseje; que fiel,
por no deteneros tanto,
hallaréis--si pagar sabe
extremos vuestro valor--
en este papel su amor,
mi amista en esta llave.

Déjaselos, y vase ASCANIO

ALFONSO: ¿Qué es esto, cielos? ¿Qué es esto?
¿Qué enigmas, qué confusiones
añaden persecusiones
a riesgo tan manifiesto?
¿Mal con el César me ha puesto
Serafina? ¿Desleal yo,
y que el César lo creyó,
y que ella fue contra mí?
Desamorada, eso sí;
pero traidora, eso no.
Mas, si Ascanio lo asegura,
si lo confirma Lucrecia,
si en fe de que me desprecia
rinde al César su hermosura,
si contra mí se conjura
el cielo esta vez, crüel,
si acometen de tropel
desdichas a un perseguido,
¿de qué duda mi sentido?
Confírmelo este papel.

Lee

Con Serafina en secreto esta noche se desposa el César y, cautelosa vuestro honor pone en aprieto. Contra su imperial respeto el estado milanés dice, Conde, al francés os ofrecéis de entregar poque él os promete dar a Parma y Milán después. Testigos--no serán fieles-- os acusan a su instancia. Cartas enseña de Francia. ¡Tan malo es guardar papeles! Los indicios son crüeles. Riesgo corre vuestra vida. Yo os amo aunque ofendida, aunque no espero obligaros quiero quedar, con libraros, a mí misma agradecida. Ascanio. que pagar sabe correspondencias de amigo, os favorece conmigo por medio de aquesa llave. El peligro insta y es grave; no hay guarda que la salida a media noche os impida. Huid, si sois cuerdo, conde, y escribidme después donde. Líbreos Dios la fama y vida.
¡Ea, Fortuna! ¡Ea, cielos!
Quíteme vuestro rigor.
Poco es la vida, el honor.
Mátenme deshonra y celos.
Los ambiciosos deseos
de la condesa crüel
al César, porque con él
se casa y mi amor ofende.
Tras desdeñarme me vende,
él ingrato y ella infïel.
¿Persuadiréme al consejo
que me da Lucrecia? ¿Huiré?
No fama; que aumentaré
sospechas si huyendo os dejo.
Siempre fuisteis, vos mi espejo;
pero si así como así
contra vos y contra mí
afila el rigor la espada,
no quedáis, honra, manchada;
matándome el César, sí.
Mas no; que en morir despierto
la compasió y piedad;
que sacará la verdad
a luz y mi fama al puerto.
No hay envidias contra un muerto;
hasta el sepulcro acompaña
la emulación más extraña
al que en vida persiguió.
Sabrá el mundo que mintió
la que al César ciego engaña.

Acabemos juntamente
con mi vida, honra, y con vos.
Juntos vivimos los dos.
Morir juntos es decente;
mas sea estando presente
quien nos fulmina castigos;
que, tal vez contra testigos,
si la pasión no sentencia,
la cara de la inocencia
desmiente a los enemigos.
No es hüir el presentarse
al juez; antes es valor.
Condene el emperador
mi lealtad sin ausentarse.
Acabe ya de vengarse
Serafina, a quien molesto
fue siempre mi amor honesto;
que si se excusa de enojos
por verme muerto a sus ojos,
servirla quiero hasta en esto.

Vase ALFONSO. Salen SERAFINA y ASCANIO

ASCANIO: Dicen en fin, condesa,
que de casar con vos os da promesa
el duque de Saboya
si sus intentos vuestro amor apoya,
y admitís en secreto
presidio en el Casal para que a efeto
pueda llegar el trato
de asaltar una noche a Monferrato.
Federico ofendido,
a daros muerte estaba persuadido
si Alfonso, vuestro amante,
no os amparara, y con valor constante
testigos desmintiera
y a informarse mejor le persuadiera.
En fin, ni asegurado
el César por el conde, ni indignado
contra vos totalmente,
el medio que halla en tanto inconveniente
es mandaros que luego
al conde deis la mano y en sosiego

pongais alteraciones
que empiezan a culpar vuestras acciones;
pues siendo vos su esposa,
se asegura ésta fama peligrosa,
quedando desmentidos
indicios de envidiosos y atrevidos.
SERAFINA: Yo, Ascanio, no me altero
oyendo falsedades; que es de acero
mi valor y en la cara
el leal o el traidor lo que es declara.
Esta verdad supuesta,
desengañadme antes que os dé respuesta.
¿De qué manera el conde
me ampara con el César y responde
en mi defensa a insultos
que afirma algún traidor conservo ocultos
si por él mismo preso,
indiciado también del propio exceso,
en vez de hacer favores,
necesita cual yo de intercesores?
ASCANIO: habéisos engañado;
no está en prisión el conde que es privado
del César, en quien fía
el peso de su augusta monarquía.
Creyó, como os amaba,
que por vos con el duque conspiraba;
pero ya satisfecho,
nuevas mercodes su favor le ha hecho
y tanto con él puede
que no viviréis vos si él no intercede.
SERAFINA: ¿No le prendió por celos?
ASCANIO: Privilegiaron de ese mal los cielos
al César que ni os ama
ni dio jurisdicción a torpe llama
du pecho victorioso
jamás a asaltos del amor ocioso.
Si no le ocasionaran
a prenderos sospechas que reparan
medios que os he propuesto,
no fuera vuestro risgo manifiesto.
Sed vos de Alfonso esposa;
saldréis de estos peligros victoriosa.
SERAFINA: Ascanio, es desatino

doblar mi inclinación por tal camino.
Sangre Gonzaga tengo;
antiguo es mi valor; de reyes vengo
y nunca vio traidores
Italia en sus ilustres sucesores.
Examine verdades
el César y no ofenda calidades;
que yo no soy persona
que de ese modo su lealtad abona
ni dejo satisfecha,
con dar la mano al conde, la sospecha
que con tan necia traza
en vez de averiguarla, la disfraza.
Cuando yo al conde amara
--que en mí fuera prodigio--rehusara
que esposo mío fuera
quien darme en cara cada vez pudiera
que, por verme señora
de Monferrato, al César fui traidora.
No, Ascanio: haga el augusto
información bastante, pues es justo;
que si salgo inocente,
ya podrá ser que al conde amar intente.
ASCANIO: El órden que me ha dado,
condesa, os he leal notificado;
pues le rehusáis, el cielo
os libre del peligro que recelo.

Vase ASCANIO

SERAFINA: Con Lucrecia compito.
¿Si es ella quien me impone este delito?
¡Ay locas presunciones!
¿En esto paran imaginaciones
que Amor facilitaba,
creyendo yo que el César me adoraba?
¡No sólo no me estima
pero indignado mi opinión lastima!

Sale ALFONSO, hablande de dentro

ALFONSO: Dejadme entrar, o por fuerza...
SERAFINA: ¿Qué es esto?

ALFONSO: Inútiles guardas
¿de qué sirven a quien siempre
halló la puerta cerrada
a amantes correspondencias?
SERAFINA: ¡Conde!
ALFONSO: Véngate, tirana,
de quien siempre aborreciste
si hay sin injurias venganzas.
Igualmente compitieron
tu desdén y mi constancia,
mi amor y tu ingratitud,
tu menosprecio y mis ansias.
Venció tu aborrecimiento
sin que obligaciones tantas
torcer tus rigores puedan
con ser la mujer mudanza.
Ejemplo de amantes fui,
ejemplo serás de ingratas;
empeños de amor me debes,
moneda de agravios pagas.
Servíte siempre, adoréte
desde mi primera infancia.
Déjame alegar servicios.
Serán las últimas mandas
que en trágico testamento,
deudora, heredera te hagan
de mis estados y vida
ilustre con pruebas tantas.
Niño te ame, y desde entonces,
tiranizándome el alma,
te idolatro como a dueño;
tratástela como a esclava,
quitásteme la salud,
sacásteme de mi patria,
desheredásteme en vida,
perdí por tí mi privanza,
por tí desprecié a Lucrecia,
de mi prisión fuiste causa
y, ocasionando mi muerte,
la opinión que conservaba
también tu rigor destroza
porque despojado vaya
de la lealtad y la hacienda,

de la vida y de la fama.
Si te adora Federico,
si ya, emperatriz, te casas
para que de estas prisiones
a gozar su laurel salgas,
¿por qué mi opinión lastimas?
¿Por qué mi sangre maltratas
cuando traiciones me impones,
cuando lealtades agravias?
¡Yo conspirador aleve
contra el César! ¡Yo al de Franela
le entrego a Milán! ¡Yo intento
gozar afrentoso a Parma!
Si, como siempre te he sido
aborrecible, te cansas
de que viva en tu presencia
y piensas que la esperanza
del imperio que apeteces
mis celos te desbaratan,
quítame leal la vida
no el honor que despedazas.
Para servirte hasta en esto,
de las prisiones me sacan
imperios de tu desdén.
Mi muerte huyendo excusara
a no ver que la deseas,
a no recelar mi infamia,
a no obedecer tu gusto,
a no dilatar mis ansias.
Si el tálamo de tus bodas
ha de ser éste, haz, tirana,
que el túmulo de mi muerte
también sea; al César llama,
pisa lealtades, crüel,
y, mi cabeza a tus plantas,
pon su diadema en la tuya
y verá el mundo en entrambas
la firmeza en la desdicha,
la crueldad en la constancia,
y, castigando inocencias,
la ingratitud coronada.
SERAFINA: ¿Qué es esto, conde? ¿Qué es éste?
Cuando el César me amenaza,

deslealtades me atribuyen,
testimonios me levantan,
vuestro favor me defiende
y, con segundas privanzas,
a Milán causáis asombros,
a la envidia quebráis alas.
¿Decís que os desautorizo,
qe por mí el César os mata,
que destruyo vuestro honor,
que a vuestra prisión doy causa?
Si son coronas augustas
sentencias, notificadas
por Ascanio, de la muerte
que ya mi desdicha aguarda,
bien decís, pues enemigos
intentan con pruebas falsas
desacreditar mi honor
y dar qué decir a Italia.
Ya sé lo que en esto os debo,
ya sé que el César me manda
casar con vos o morir.
¡Ojalá que no quedara
mi opinión, después de muerta,
a discreción de la fama
del vulgo que las más veces
deshonra y ninguna alaba!
¿Querréisme vos por esposa
cuando yo, conde, os amara
--que ni puedo, ni es razón
forzar potencias hidalgas--
con opinión de traidora
para que entibiando llamas
la posesión del deseo,
me deis cada vez en cara
que fui desleal al César?
No, Alfonso, la muerte acaba
si no deshonra la vida.
Muera yo dando venganza
a vuestra leal firmeza
y saldréis vos a la causa
de mi crédito, si en muerte
como en vida, el que es noble ama.
ALFONSO: ¿Qué decís, señora mía?

¿Vos desleal?

Salen ASCANIO y ARNESTO

ASCANIO: Quien quebranta
prisiones, no está inocente;
que el hüír, culpas señala.
¿Qué es esto, conde?
ALFONSO: Morir
delante de quien me agravia
en fe que a su ingratitud
mi amor constante se iguala.
ARNESTO: Condesa, el César me envía.
Escuchad lo que os encarga
aparte.

ARNESTO se desvía con SERAFINA a un lado

A QUE OS NOTIFIQUE:
o salir en su desgracia
desterrada de su imperio,
o desmintiendo probanzas
que a vuestra opinión se oponen
dar a Alfonso fe y palabra
de esposa.

Sale LUCRECIA, dirigiéndose a ALFONSO y hablando aparte con él a otro lado

LUCRECIA: El emperador
me envía a que os persüada,
conde, si desvanecer
queréis testigos y cartas
que vuestro valor desdoran,
y que paguéis la constancia
de mi amor, siendo mi esposo,
pena de ser en Italia
de desdichados ejemplo,
dándoos muerte. Interesada
en vuestra vida, os suplico
si no por quien tanto os ama
como yo, por vuestro honor,
que obedezáis lo que os manda.

ALFONSO: Perdonad, Lucrecia hermosa,
que quien tiene enajenada
la libertad, ya no puede
serviros ni retirarla.
¿Dé qué servirá ofreceros
un cuerpo que está sin alma
ni una voluntad cautiva?
De mi vida el César haga
su gusto; que no sé yo
que dándoos la mano, salga
de mi lealtad ofendida
la opinión limpia y sin mancha.
Reconozco lo que os debo
pero, en quien el caudal falta,
cuando las obras no pueden,
agradecimientos bastan.
SERAFINA: Responded, Arnesto, al César
que siendo acción voluntaria
la que tálamos admite
y, yo de sangre Gonzaga,
mo pago pechos por fuerza
ni en mí podrán amenazas
lo que el tiempo no ha podido
que me doy por desterrada.
ASCANIO: Apercebíos pues, Alfonso;
que habéis de morir mañana.
SERAFINA: ¿Cómo? ¿Quién ha de morir?
ASCANIO: El conde Alfonso.
SERAFINA: ¡Qué extraña
resolución! ¿Qué hizo el conde?
ASCANIO: Servicios, que vos, ingrata,
ni pagáis, ni conocéis
siempre rebelde y tirana
a la voluntad del César;
que a persuadiros no basta:
probar ansí que con vos
se conjura, y al de Francia
vender a Milán pretende.
SERAFINA: Pues si muere por mi causa,
lo que ni mi inclinación
ni imperiales circunstancias
pudieron conmigo, puedan
de su amor las pruehas raras.

Muera, si muere, mi esposo.
Dadme esa mano.
ALFONSO: ¡Qué gracias
no debo dar a la muerte
pues mi fe por ella alcanza
lo que no merecí vivo!
¡Ojalá resucitara
para morir muchas veces
obligándoos otras tantas!

Danse las manos

En mi muerte hallé mi dicha.
LUCRECIA: Serafina, si desgracias
de Alfonso excusar queréis,
el César me dio palabra
de volverle a su favor,
siendo mi esposo. Dad traza
que lo sea, o morirá.
SERAFINA: ¿Cómo, si el César me manda
por mi dueño le admita,
quedando su fe obligada,
como yo cumpla en gusto,
a volverle a su privanza?
LUCRECIA: Engañado os han, condesa.
SERAFINA: Los Césares nunca engañan.

Sale FEDERICO

FEDERICO: Es verdad; pruebas han sido
que para vuestra alabanza
hizo el amor y el poder
dándoos a los dos la palma
de constantes invencibles
y a mí el premio de esta hazaña
pues lo que el conde no pudo
con vos, industrias acaban
que he puesto en ejecución,
ufano de ver que enlazan
opuestas inclinaciones
coyundas de amor sagradas.
En fin, conde, victorioso
habéis salido, a mi instancia,

del desdén de la condesa.
Duques sois los dos de Mantua
y de Valencia del Po;
conde Ascanio, si se casa
con Lucrecia.
ALFONSO: Ensalce el mundo
blasones de tal monarca.
FEDERICO: No hay quien vuestra lealtad culpe.
Fingida ha sido esta traza
para conseguir el fin
que en dichas muda desgracias.
Vuestro padrino he de ser.

Sale PORTILLO

PORTILLO: Si al conde mi señor matan,
muera a su lado Portillo
y honre lealtades de España.
ALFONSO: La tuya premiaré yo,
digna de que de mi casa
tengas el gobierno todo.
PORTILLO: Dame a besar treinta patas;
pero ¿no hay degollamiento?
ALFONSO: Antes el César levanta
mi lealtad a nuevas dichas.
PORTILLO: Viva más que vivió el arca
de Noé.
ALFONSO: El amante firme
que inclinaciones contrasta,
dando su estado y sufriendo,
méritos como yo alcanza.
Dar, sufrir y merecer
son las partes necesarias
que doblan inclinaciones.
Aprenda en mí quien bien ama.

FIN DE LA COMEDIA

Tirso de Molina. “Del enemigo el primer consejo.” Association for Hispanic Classical Theater, 2026.
Digital edition prepared by Vern Williamsen.
https://www.comedias.org/obras/del-enemigo-el-primer-consejo/